

# Vida universitaria y leyendas de la biblioteca

V CERTAMEN LITERARIO  
DE NARRATIVA BREVE

 Biblioteca UCA 


LIBRO DE BIENVENIDA



# Vida universitaria y leyendas de la biblioteca



V CERTAMEN LITERARIO  
DE NARRATIVA BREVE  
BIBLIOTECA UCA

LIBRO DE BIENVENIDA










Editorial  UCA

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca : V Certamen Literario de Narrativa Breve Biblioteca UCA : libro de bienvenida. – Cádiz : Universidad de Cádiz, Editorial UCA, D.L. 2017. - 115 p ; 18 cm.  
D.L.: CA 292-2017

I. Cuentos españoles-S.XXI I. Certamen Literario de Narrativa Breve (5º. 2017.Cádiz) II. Universidad de Cádiz, Editorial UCA  
860-3“20”

**ecoedición**  

Tinta sin metales pesados y papeles procedentes de una gestión forestal sostenible

Impacto ambiental	Agotamiento de recursos fósiles	Huella de carbono	
 0,04 kg petróleo eq	 0,15 Kg CO <sub>2</sub> eq	 0,14 Kg CO <sub>2</sub> eq	<small>UNIVERSIDAD DE CÁDIZ SERVICIO DE PUBLICACIONES C/ DOCTOR MARAÑÓN, 3 - 11002 CÁDIZ (ESPAÑA) reg. n.º. 2017/66 Más información en <a href="http://www.ecoedicion.es">www.ecoedicion.es</a></small>
 0,04 kg petróleo eq	 0,14 Kg CO <sub>2</sub> eq	 0,49 %	
 1,03 %	 0,49 %		

 **MIXTO**  
Papel procedente de  
fuentes responsables  
**FSC® C103817**

- © Biblioteca de la Universidad de Cádiz, 2017
- © Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2017
- © De cada capítulo su autor

Edita: Editorial UCA

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz  
C/ Doctor Marañón, 3 - 11002 Cádiz (España)  
[servicio.uca.es/publicaciones](http://servicio.uca.es/publicaciones)  
[publicaciones@uca.es](mailto:publicaciones@uca.es)

Depósito Legal: CA 292-2017

Coordinación de la edición y revisión de los relatos: Ana Bocanegra Valle  
Motivo de interior: Miguel Álvarez Delgado  
Ilustración del colofón: Beatriz Sibón Castañeda  
Maquetación e impresión: Tórculo Andalucía

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra»



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

## ÍNDICE

Presentación del Rector	9
Salutación del Presidente del Consejo Social	13
<b>Francisco Sánchez Torres</b>	
Ojalá Manolito Gafotas hubiese llegado a la universidad	17
<b>Pedro Delgado Pérez</b>	
El bosque de las analogías	33
<b>Melisa Franco Torrecilla</b>	
La biblioteca del mar	55
<b>María Besada Hurtado</b>	
Una cenicienta en la UCA	73
<b>Miguel Parra Calderón</b>	
Tinta después de vivir	93

#### PRIMER PREMIO

Francisco Sánchez Torres. *Máster en Formación del Profesorado*

#### SEGUNDO PREMIO

Pedro Delgado Pérez. *Doctorado en Ingeniería y Arquitectura*

#### TERCER PREMIO

Melisa Franco Torrecilla. *Máster en Formación del Profesorado*

#### ACCÉSITS, en orden alfabético

María Besada Hurtado. *Doble grado en Publicidad y Relaciones Públicas / Marketing e Investigación de Mercados*

Miguel Parra Calderón. *Grado en Derecho*

El jurado del V Certamen Literario de Narrativa Breve «Biblioteca UCA» ha estado formado por los siguientes miembros:

#### Presidenta

Ana Bocanegra Valle. *Profesora Titular del Área de Filología Inglesa de la UCA*

#### Vicepresidente

Ricardo Chamorro Rodríguez. *Director del Área de Biblioteca, Archivo y Publicaciones de la UCA*

#### Vocales

José Marchena Domínguez. *Director General de Extensión Cultural y Servicio de Publicaciones de la UCA*

Elena López Torres. *Escritora, Doctora en Filología Inglesa, Profesora Titular de la UCA (jubilada)*

María del Carmen García Tejera. *Escritora y Profesora Titular de Teoría de la Literatura de la Universidad de Cádiz (jubilada)*

Paqui Ayllón García. *Diplomada en Enfermería, Presidenta de la Asociación de Personas Lectoras de Cádiz*

Josefina Junquera Coca. *Profesora de Lengua y Literatura Española y Medios de Comunicación Social*

#### Secretaría y custodia documental

Guillermo Ruiz Domínguez. *Técnico Especialista de la Biblioteca de la UCA*

Escribo sin modelo  
        A lo que salga,  
Escribo de memoria  
        De repente,  
        Escribo sobre mí,  
        Sobre la gente,  
Como un trágico juego  
    Sin cartas solitario,  
        Barajo los colores,  
        Los amores,  
        Las urbanas personas  
        Las violentas palabras  
Y en vez de echarme al odio  
        O a la calle,  
Escribo a lo que salga.

GLORIA FUERTES  
Poema «Escribo»



## Presentación del Rector

Ni te imaginas.

Hace años que la Universidad de Cádiz decidió obsequiar a su alumnado de nuevo ingreso de la mejor manera posible: con un libro. Un gesto que simboliza nuestro modelo de universidad, basada en la transmisión del conocimiento y en el compromiso de formar a profesionales capaces y a personas críticas, libres y tolerantes.

Todas esas potencialidades y valores subyacen en uno de los actos, intelectuales y emocionantes, más maravillosos que podemos experimentar como personas: la lectura. Leer es un ejercicio básico en la construcción de una ciudadanía bien formada en conocimientos y en valores.

Como afirmaba el escritor y filósofo Francis Bacon, «la lectura hace al hombre completo; la conversación lo hace ágil, el escribir lo hace preciso». Es eso, concretamente, lo que hacen las personas que participan en el Certamen Literario de Narrativa Breve «Biblioteca UCA», que convocamos anualmente con el objetivo de promocionar la creación literaria entre el alumnado de nuestra Universidad.

Este Libro de Bienvenida recoge los relatos premiados en este certamen literario. Unos textos que rezuman creatividad, inspiración, calidad literaria y las experiencias y vivencias de sus autores. Insisto. El mejor cauce para dar la bienvenida a nuestros nuevos estudiantes.

En la edición de este año, hacemos un especial homenaje a la escritora Gloria Fuertes con motivo del centenario de su nacimiento, quien afirmaba en uno de sus poemas que «debemos inquietarnos por curar las simientes, por vendar corazones y escribir el poema que a todos nos contagie». En eso consiste la cualidad vivificadora y edificante de la lectura. Un alimento saludable para el intelecto y un configurador esencial de nuestra personalidad, nuestros valores y nuestra particular visión del mundo.

A lo largo de las páginas de este libro, por tanto, tendréis ocasión de leer los relatos premiados en nuestro V Certamen Literario de Narrativa Breve «Biblioteca UCA», siendo consciente de que los auténticos ganadores son todos los ciudadanos

y ciudadanas que hacen de la lectura un hábito en sus vidas.

Leer nos hace más tolerantes y reflexivos. La lectura es, en sí misma, un viaje. Cuando abres las páginas de un libro, ni te imaginas el universo de emociones y sensaciones que se nos abren por delante. Todo un horizonte, que nos configura como personas.

Bienvenido, bienvenida a la Universidad de Cádiz.

Eduardo GONZÁLEZ MAZO  
Rector Magfco. de la Universidad de Cádiz



## Salutación del Presidente del Consejo Social

Estimado alumno, estimada alumna:

Como Presidente del Consejo Social de la Universidad de Cádiz, tengo la enorme satisfacción de presentarte el libro que tienes entre tus manos. Esta obra es el resultado del esfuerzo y la implicación de toda la comunidad universitaria de la que empiezas a formar parte. Desde quienes impulsan, año tras año, el Certamen Literario de Narrativa Breve «Biblioteca UCA», hasta tus compañeros y compañeras que se implican más, presentando textos de una enorme calidad. Contamos contigo para que esta labor pueda continuar.

Este libro está compuesto por los textos ganadores del V Certamen Literario de Narrativa Breve «Biblioteca UCA» celebrado en el curso 2016-17.

Todos ellos, como es preceptivo, tienen a la Universidad de Cádiz y a nuestra biblioteca, como temática fundamental. Cada año, este certamen, que forma parte del Plan Universitario en Fomento del Libro, la Lectura y la Escritura, potencia áreas de encuentro común impulsadas desde el Vicerrectorado de Responsabilidad Social y Servicios Universitarios, a través del Área de Biblioteca, Archivo y Publicaciones, y con el apoyo de vuestro Consejo Social de la UCA, que me honro presidir.

A lo largo de todos estos años hemos recibido múltiples relatos, con gran variedad de protagonistas e historias cargadas de fantasía, aventuras, amor, desamor, magia, elementos sobrenaturales, actividades cotidianas o increíbles, pero todas con nuestra universidad como origen común, demostrando que nuestra universidad es algo más que un lugar al que vienes a formarte. Poco a poco lo descubrirás.

Esperamos que la experiencia, que en estos días comienzas, sea enriquecedora, y sepas exprimir todo lo que nuestra universidad te ofrece. De nuestra biblioteca universitaria te animamos a que utilices y aproveches todos los recursos que tienes a tu disposición.

Desde el Consejo Social de la Universidad de Cádiz realizamos numerosas iniciativas, una de las más importantes es la del fomento de la participación de la sociedad en la universidad, un concepto que debe llevarse a cabo en todos sus ámbitos. El mundo de la cultura y sus agentes tienen un rol importante en esta

relación. Si quieres conocer todas nuestras iniciativas y compromisos, te invitamos a entrar en nuestra web o a seguirnos a través de las redes sociales.

Agradezco, en nombre de quienes integramos el Consejo Social, el trabajo realizado por los miembros del jurado y la posibilidad que nos ha brindado esta iniciativa para reivindicar el valor de la cultura y las manifestaciones artísticas en las relaciones de nuestra sociedad con su universidad. Y este libro de bienvenida, fruto del V Certamen Literario de Narrativa Breve «Biblioteca UCA», sin duda, constituye un canal de comunicación extremadamente útil para construir una Universidad de Cádiz integradora y abierta en la que, también, tengan cabida las iniciativas culturales, máxime si, como es el caso, participa en ella nuestro alumnado.

Espero que este libro te acompañe en tus primeros instantes como nuevo alumno o alumna de la Universidad de Cádiz y tengas un instante para fijarte y recrearte en los relatos recogidos en este compendio literario que, otros alumnos y otras alumnas como tú, han querido brindarte.

Bienvenido. Bienvenida. Contamos con tu futura participación. Contamos contigo.

Un abrazo,

Prudencio ESCAMILLA TERA  
Presidente

Consejo Social de la Universidad de Cádiz



## Ojalá Manolito Gafotas hubiese llegado a la universidad

**Francisco Sánchez Torres**

Si le soy sincero, me habría encantado que Manolito Gafotas hubiese llegado a la universidad. La verdad es que así por lo menos habría sabido cómo sentirme y no tendría que verme en estas. Siempre me he visto un poco reflejado en Manolito Gafotas, desde que leyerá sus libros en mi infancia. No sé. No sé cómo explicarlo la verdad. Es como si Elvira Lindo me conociera a la perfección y se le hubiese ocurrido escribir sobre mí, pero poniéndole otro nombre. Claro. Así yo no podría acercarme en la cumbre de mi fama mundial y decirle: «Oye Elvira, escribe otro libro sobre mí, que no me da para pagarle un yate a mis padres». Y ella escribiría otro libro fantástico acerca de mis inquietudes juveniles para que un hipotético yo se volviera a llenar los bolsillos de pasta y los ojos de admiración

ajena. Pero en verdad no ha pasado. Así que yo me resigné a verme reflejado y a planear reprochárselo todo a la señora Lindo cuando la viera por la calle. Cosa que aún no me ha pasado, por cierto. Pero bueno, vuelvo a lo mío. El caso es que, si yo hubiera podido leer en algún lugar sobre Manolito Gafotas en la universidad, por lo menos habría tenido algún referente. Nos parecemos. Manolito y yo, digo. Más bien Manolito se parece a mí, porque yo soy más grande. Yo creo que ambos somos chicos muy especiales en un mundo terriblemente banal. A mí también me gusta observarlo todo. Y a veces llego a la conclusión de que Manolito y yo tenemos que parecer ambos unos empanados mentales. Miro, miro y miro y no hago *na*, hasta que la gente se desespera y me grita. Por eso, con un modelo, yo no tendría que quedarme tantas veces embobado en la facultad. Es que me cuesta. Tú sabes, asimilarlo todo. Que estoy aquí, que tengo que hacer tela de cosas. En fin, lo que me supone ser universitario. Pero creo que va a ser más fácil si empiezo desde el origen de los principios.

Yo no nací aquí en Cádiz. Qué va. Y mira que *pa haserme* el chulo seseo como los gaditanos y todo. O me pongo a distinguir en plan como si fuera del norte. Qué va. Nací en el hospital de Puerto Real, pero tampoco soy de Puerto Real. Para los que somos de aquí no suena raro, pero cuando yo se lo expliqué a una amiga de Madrid ella me miró con cara de estupefacción máxima. De hecho, me dijo:

«O sea, en plan, ¿que donde tú vives no hay hospitales?». Yo le dije que en verdad sí hay un hospital, sólo que es del privado y nada más van los ricos y los guiris. También se va, creo, si te dan un porrazo con el coche. Supongo que ya uno puede adivinar que soy de Chiclana. La verdad es que Chiclana es un pueblo un poco raro. Los finos dicen que es pintoresco, pero para mí es un pueblo enorme y turístico, pero pueblo, a fin de cuentas. En verdad se parece un poco Chiclana al Carabanchel (Alto) de mis libros de Manolito Gafotas. Al de verdad no he ido nunca. Pero me parece que es un sitio al lado de uno muy grande, que se beneficia de lo próximo y sin volverse famoso. Así que es como vivir en Cádiz. Chiclana, digo. Es como vivir en Cádiz, pero sin agobiarse con las cosas de ciudad. Tengo que ir cuando vaya a Madrid, a Carabanchel; y recorrer los parques y las calles, para imaginarme bien de verdad el mundo de Manolito Gafotas. Ojalá pudiera él visitar Chiclana y saber que se parece un montonazo a mí. Si viniera a Chiclana, podría conocer los sitios en los que yo me he criado, los parques en los que nunca he jugado y el colegio al que he ido. Total, que soy de Chiclana.

No recuerdo mucho de mi infancia más tierna, ni de la más correosa tampoco. En mi instituto había un patio de naranjos. Allí pasábamos el recreo haciendo el tonto, hablando tonterías y pensando tontamente. Pero bueno, antes fui al colegio como todo hijo de vecino, como se suele decir. Ya allí se

notaba que a mí lo que me gustaba eran los libros y la lengua. En las notas siempre me veía: Matemáticas, «be»; Conocimiento del Medio, «eme-be»; y Lengua (glorioso repique de campanas celestiales), «pe-a-más». Flipa. «Be» y «eme-be» yo sabía que era bien y muy bien. Pero ese «pe-a-más» yo no sabía muy bien. Yo lo miraba con reverencia, sabedor de la inefable dicha que preconizaba. Sonaba en mi mente con un repiqueteo como ilustre: PE-A-MÁS. Yo lo releía en mis notas y después se lo enseñaba a mi madre. Ella fruncía el ceño. Después llegaba al «pe-a-más» y saltaba de alegría, me daba un beso en la mejilla, un abrazo y más tarde había hamburguesas para el almuerzo y pizza para cenar. Lloro. Pizza-para-cenar es la historia de mi vida. Todo por esas dos letras y ese simbolito. También en música tenía «pe-a», sin el más, pero supongo que no tendría tanto prestigio como ese más. Claro, es que más es mejor.

La verdad es que el colegio estaba bien. Yo lo recuerdo muy grande, pero cuando fui con mi madre a votar hace poco me pareció pequeño y triste. Qué raro, ¿verdad? Eso en plan que pasan más de diez años y cuando vuelves casi que prefieres no pasar de la verja, no vaya a ser que la realidad saque la escopeta y la empresa a tiros con el recuerdo. Eso me ha salido en plan como poético, aunque no me guste mucho tirarme el pegote en verdad. Pero me pasó. De repente, el cole era pequeño. La pista interminable por la que huíamos del poli cuando

eras *ladron* (y digo bien, porque jugábamos a *poliladron*, los acentos *pa* la RAE) ahora la jalonas en dos pasos. En fin, el colegio estuvo bien. Yo me lo pasé bien, al menos.

Ya el instituto fue diferente. Cuando yo llegué al instituto las Spice Girls y los Backstreet Boys se habían convertido en cosa del pasado, como el beso en la boca. Cuando yo entré era el auge del reguetón, aunque a mí todavía me pillaba lejos por ser demasiado joven. También estaban de moda El Canto del Loco, Amaral, Shakira o Paulina Rubio. Aunque a mí me gustaban Serrat y Sabina, por influencia de mi madre, y Maná y Jarabe de Palo, por mi padre, aunque todas las canciones me sonaran igual. El instituto fue diferente, lo recuerdo. Parece que entraran en juego otras variables, en plan hormonas o algo así. A mí, que no me costaba hacer amigos, de repente me pareció que todos despegaban. Todo el mundo de un día para otro era protagonista de la gran historia de su vida, que era como trágica y heroica a la vez. Les ocurrían cosas mega interesantes. Y yo. Después estaba yo. Atrás, un poco olvidado. La verdad es que en el instituto me fueron chungas las asignaturas y empecé a quedarme sin fuelle. En el mundo del «ese-be» (que yo sabía muy bien que era Sobresaliente) el «pe-a-más» ya no pintaba nada. Tal vez yo tampoco, pero me acostumbré. Yo me alojé en la cómoda región entre el Bien y el Notable, con frecuentes Suficientes en Matemáticas y una vez un Suspenso en Plástica. La

verdad es que nunca se me ha dado bien. Al igual que Jesucristo transformó el agua en vino y multiplicó los panes y los peces, yo trastocaba perros en caballos y suspendía las fracciones. Y reconozco que empecé a ocultarle los exámenes a mi madre. Pero no era lo único, así que me quedaba más tranquilo, sabiendo que mi conciencia tenía motivos mayores para sentirse con remordimientos.

Yo siempre había sido un tío con rarezas. La verdad. Un poquito raro sí que había sido, pero no como entonces. Parece que cuando somos adolescentes se nos activa un mecanismo en el cuerpo que envía a tu cerebro señales de humo diciendo: «Oye, sí, tú, el cerebro, ¿qué haces sintiéndote normal? Venga, compórtate como nunca antes». Lo peor es que te lo cuento y lo veo claro. Entonces, al ser rarito cada vez más, pues me fui quedando solo en el patio de los naranjos ese del instituto. A ver, solo no literalmente. Intento ser como más metafórico, o algo así. Había gente al lado, haciendo el tonto, hablando tonterías y pensando tontamente. Pero yo no participaba y me notaba como en un rincón en plan alejado de ellos.

Total, ¿por dónde iba? Ah, sí, por el instituto. Lo acabé en la misma época en que Lady Gaga se convirtió en una superestrella y llegué al Bachillerato, donde me decanté por Humanidades. Yo de sobra sabía que mi futuro no podía estar en el mismo camino que las fracciones. Volví a cambiar de centro para el Bachillerato y eso en verdad me vino

bien. Creo que eso de quedarse siempre en un sitio no va con mi personalidad. Yo soy nómada, como los hombres primitivos. Es más, pienso que el ser humano no está hecho para echar raíces. Si así fuera, seríamos árboles y no tendríamos piernas (enhorabuena a mí mismo por este silogismo tan profundo). Sigo. El Bachillerato la verdad es que me ayudó un montón a centrarme en mi futuro. Pero algo tuve que hacer mal. Si no, no me explico cómo me tiré los dos años dándole vueltas a lo que quería hacer y aún no lo tenía claro cuando hice Selectividad y eché la preinscripción. Al final, me acordé de los PA+ y los Sobresaliente en Inglés y Lengua y me metí en Filología. Y, además, recuerdo perfectamente cómo me temblaba el pulso cuando marqué el doble grado de Hispánica e Inglés. Flipo. Estuve increíble. Se me ocurrió por un momento que la nota me iba a dar para la carrera. Y me dio. Total, allí me vi todo el verano, imaginando cómo sería la universidad, el ambiente de la facultad, si me volvería repipi y diría *Facu* o *Uni*.

Pero las cosas nunca pasan como uno las piensa. Todo es tan épico, tan trascendental, tan película americana de chicos en beisbolera que se tiran en el césped del campus a tocar la guitarra y a hablar de chicas y un profesor vestido de *tweed* pasa por su lado y les dice (con voz de doblaje): «Johnny, Martin, menos pensar en chicas y más estudiar», y ellos le recuerdan que sus padres donan pasta a la *Uni*. Lástima que después el *quarterback* sea el chi-

co pobre con beca de deportes. O sea, que no iba a ser así ni mucho menos. Visto de esa manera, lo mismo la odisea fue realmente como coger el catamarán para cruzar la Bahía. Lloro con mi cinismo; es lo que tiene haber sido un adolescente de la posmodernidad. El caso es que la facultad empezó, aunque me pareciera que el día no iba a llegar jamás. Aún recuerdo aquel primer día. Tela. Cogí el bus a las no sé cuantas de la mañana y me comí casi una hora de trayecto. Yo igualmente iba feliz por empezar y ligero de equipaje. Imaginaba que sería una presentación tipo: «Hola, soy el profesor no sé qué de Introducción a la Lingüística y vamos a dar estos temas; hasta mañana». Pero no, empezamos a dar clase y yo casi podía escuchar a mi gozo descalabrarse y romperse la crisma en el fondo de un enorme pozo. Mientras me recomponía perdí la primera mitad de la clase, pero pude prestar atención durante el resto del tiempo. Ese día me fue tan fantástico que llegué a mi casa y me dije que al día siguiente iría a Secretaría a cancelar la matrícula. Pero, oye, me fue bien. Y aquí estoy, a años ya de ese día, sentado, contando mi vida y mis problemas.

Bueno, realmente todavía no he hablado de mi problema. He pormenorizado todos los detalles de mi vida y todavía no he ido al grano. Cosas del enfoque historicista y de haber leído *Tristram Shandy*. Al problema, a eso voy. En cuanto me reorganice en mis ideas, voy directísimo al meollo de la cuestión. El caso es que al final me fui acostum-

brando al ritmo de la universidad, y me empezó a gustar, mucho cabría decir. Gracias a la facultad atravesé el puente de la literatura juvenil y me lancé a la de adultos. Comencé a ampliar mi biblioteca personal y creo que descubrí en muy poco tiempo muchos mundos muy diferentes. Esa es una de las raíces de mi problema. Otra vino con algo que se me clavó muy dentro y me comenzó a doler, hasta el día de hoy. Muchos profesores nos miraban con lástima, conmiseración. Y es que aparte de jóvenes de la posmodernidad, éramos los jóvenes de la generación perdida. Pero no la generación perdida como la americana de principios del siglo veinte. Mis ganas de ser como Hemingway. Qué va, viene a ser que yo era a Hemingway lo que Britney Spears es a Madonna. La generación perdida. Vivíamos así, como en el limbo de las generaciones, entre las que consiguieron trabajo antes de la crisis y las que lo conseguirían con el final de la crisis. Vamos, que nosotros nos teníamos que comer la crisis y las caras de pena. Toda mi carrera ha estado marcada por esa etiqueta, y creo que despegármela va a conseguir sólo que la rasgue y se me queden trocitos pegados para siempre. Después no quieren que sea cínico. Flipa, como para no serlo. Llega un momento en el que descubres que no sólo la libertad termina donde empieza la del prójimo, también la empatía de algunos termina allí donde comienzan los sentimientos y la autoestima. Esas frases, esas palabritas tan precisas me pateaban el alma con lo afilado del

desprecio y la dureza de hierro que la pena esconde. Esos días me inflamaba de furia e impotencia, y me daban ganas de enarbolar la bandera de mi revolución y saltar sobre los cadáveres de todos los que me despreciaban como la Libertad guiando al pueblo. Pero de nuevo, me he puesto poético, y ahora además político, cosa que sólo trae problemas en un país tan democrático como el nuestro. Ay. Me he vuelto a desviar.

Es que en verdad me enrolló con un tema y no paro, pero es que me viene de familia. En mi casa no se habla, se calla. Lo digo así porque uno no lleva a cabo una acción a través de hablar, sino de callarse. Desde por la mañana hasta por la noche se puede escuchar un runrún suave, pero continuo. Porque a un tema hay que darle vueltas hasta que se agota. Pero eso sí, sólo cuando hay confianza. Porque yo ya lo he dicho; yo soy un tío tímido y rarito, como Manolito Gafotas. Qué bien me hubiera venido que él también fuera de la generación perdida, y por lo menos yo pudiera encontrarme en alguien. Seguro que a Manolito Gafotas le hubiera dado exactamente igual que le dijeran eso. Claro. Cuando alguien empezara con la cantinela, activaría el *Manolito automático* y no se enteraría de nada. Yo también tenía que haber utilizado el *yo-automático*, pero a buenas horas caigo. *L'esprit de l'escalier* o, más de la tierra, a toro *pasao*, yo tengo que ser especialista en eso, cuanto menos. Eso hubiera contribuido mega positivamente a mi salud anímica. Con

tanta inflama con nombre de cuadro de Delacroix se me estaba poniendo cara de Robespierre. Humor pedante, la constante de mi existencia.

Bueno, creo que para que pueda usted entender mi problema, hace falta que me siga explicando un poco más. Es que, si no, no se van a entender las causas de mi dilema vital. Las cosas pasan por algo. Digo yo. Lo mismo no, pero si no sigo contando todo esto va a ser *pa na*, como se suele decir. Continué el resto de la carrera con los comentarios de la dichosa y mega famosa ya generación perdida, que, insisto, no tiene nada que ver con Hemingway ni Hilda Doolittle, pero bueno. Al final uno se acostumbra. Es en plan como si fueras un engranaje que se resiste a pertenecer a una máquina. Pero te intentan meter a martillazos. Al principio eres de hierro y parece que aguantas, pero después se te liman los bordes y acabas por encajar. En verdad sí. Creo que también Manolito era un engranaje demasiado grande para su mecanismo. Así es la vida, por eso estoy aquí. Mi paso por la universidad ha estado marcado especialmente por la madurez. Dicho así quedo genial. Fetén. Contemplan al nuevo Luis Landero. La verdad es bien distinta. Pasé de niño a medio niño. Medio niño, medio adulto. Ni para ti ni para mí. Empecé a descubrir que el mundo era más complejo que un sobresaliente o un suspenso, que había algo más allá de mis inquietudes juveniles de muchachito posmoderno.

En esta época, al igual que cuando pasas de los cincuenta, la gente se muere. Así. No yo, obvio, si no, no estaría aquí (digo yo). La gente alrededor de mí se muere. Algunos te los esperas, otros no, pero pasa. Y eso me afectó mucho, la verdad. La confusión de estar perdido se mezcla con esa desagradable sensación de que todo es perecedero, de que la infancia es un sueño de Goethe, cuanto menos. De trasnochado Lautréamont influenciado por las teorías de Foucault pasé a ser una persona normal. Al menos en apariencia. Por dentro seguía y sigo teniendo esa visión de mí mismo como si fuera un romántico desesperado a punto de pillar las pistolas limpiadas por Carlota para volarme la tapa de los sesos. El caso es que los años de universidad no han sido para mí los años del destape. Qué va. Ojalá se me hubiera ocurrido hacerlo. No. O por lo menos no del destape que cualquier lector medianamente morbosillo pueda pensar. Más bien para mí han sido años en los que me he visto obligado a conocerme mucho a mí mismo. Y quien haya pasado por eso sabe que eso de fácil sólo tiene el decirlo. Si antes me detenía en la verja del colegio, ahora me tenía que parar antes de llegar al espejo, no pasara que mi reflejo clavara en mí sus ojos ojerosos como puñales. Y la gracia de todo es... que no se llega a ninguna conclusión. Flipa. Arribo a puerto con más preguntas que respuestas. Lloro con mis metáforas. Creo que es cosa del estrés.

Ahora sí, pienso que ahora sí puedo contarle cuál es mi verdadero problema, cuál es el motivo de que esté aquí y esté contando esta sarta de desatinos sin ton ni son. Si le digo la verdad, estoy a punto de acabar la universidad. Y parece que fue ayer que cruzaba los arcos de piedra de la facultad, con la cara de *apamplao* con tantas cosas nuevas y tanta gente diferente. El olor a sal en Cádiz, los días de lluvia en diagonal en los que cualquier paraguas se te rompe por el viento, que además se lleva tu motivación. En fin, que parece que fue ayer, vamos, aunque ya hace un par de años. Pero mi problema no es que vaya a acabar la universidad, ojalá. Mi problema es que no sé qué demonios voy a hacer después. Eso me da mucho miedo, no le miento. El futuro es lo que tiene, que no sabes qué va a pasar (reflexión profundamente significativa). El caso es que estoy más perdido que un cartero en Barcelona, como suele decir mi madre. Aunque yo realmente no sé cómo se pierde ese señor en Barcelona, cuando coges el móvil, te metes en *Maps* y tienes todo a disposición. Bueno, qué más da. Me llevo todo el rato haciendo digresiones y tardo la vida en decir algo importante. En la universidad nadie me ha preparado para dejar de tener la rutina de levantarme, coger el bus o venir en coche, tirarme las horas que sea en la facultad y después volverme a casa, cansado del día, pero con la confianza de haber hecho algo. Nadie me ha preparado, entre autor y autor, para plantearme abandonar estas

tierras de sol y calidez para irme a otras por descontado más sombrías. En la universidad me han enseñado a conocer mi pasado y mi presente, pero en verdad yo hubiera preferido que me arreglaran el futuro. Pero eso de las expectativas y la realidad es un negocio muy sucio. Te levantas creyéndote el rey del mundo y es el mundo el que te lleva a rastras cuando te acuestas. Total, que estoy perdido y acongojado con respecto a mi futuro (por no decir otra cosa por la que me tendrían que lavar la boca con jabón).

A lo mejor usted ya ha escuchado cincuenta mil inquietudes como la mía antes. Si es así, de veras pido perdón por mi poca originalidad. A ver, seamos claros. A estas alturas Los Simpson lo han inventado todo, Madonna lo ha cantado todo, Tarantino lo ha filmado todo, Jorge Javier Vázquez lo ha presentado todo en televisión y no va a ser una pobre y postadolescente víctima de la posverdad quien descubra las Indias Occidentales. Muchas veces tendría que aparecérseme la virgen de Fátima para que a mí se me ocurriera algo genial. Es lo que hay. *C'est la vie*. Pero bueno, no es menos legítimo mi problema porque haya ochenta como yo. Creo. Realmente no sé si hay más gente con mi problema, porque soy demasiado tímido como para abrirme con nadie a quien no esté pagando por escuchar. El caso es: ya están las cartas sobre la mesa, ya lo he contado. Ahora es lógico que reciba una respuesta

que solucione mi situación tan terriblemente problemática.

Pero claro, usted se considerará demasiado profesional como para resolverlo del tirón. Usted es más tipo House (aunque a mí no me gustaba mucho), a todo el mundo le encanta ese tipo de gente. Usted pretenderá que yo me dedique a hacer ejercicios mentales de alguna clase. O en verdad querrá que yo analice mi miedo. Me dirá que el miedo es irracional, que si patatín que si patatán. Claro. Es que usted no se ha visto en esta. Pero usted también me dirá que reflexione sobre todas aquellas personas adultas de mi entorno. Eso me parece una tontería. No todos han vivido lo mismo que yo. Aunque en verdad ellos han vivido cosas peores. Pero era diferente. Antes las cosas estaban más claras. Seguro. Estoy *superseguro* de ello. Antes uno sabía lo que era malo y lo que era bueno. No sé. El límite estaba más claro. Digo yo. Bueno, en verdad no sé. Pero ahora nada es lo que parece. Es que no, ni por asomo. Ahora te dicen por un lado una cosa y por otro lado otra.

Pero usted me insistirá. Con una sonrisa me dirá que antes tampoco se sabía todo. Y me hablará de su experiencia, como si me lo pudiera creer. Me dirá que antes y ahora son lo mismo. Que lo único que cambia son las personas y que todas deben aprender a sobrellevar el paso del tiempo. Flipa. Es que eso no es así. Contraataco a toda máquina. Ahora soy yo el que se ríe. Ah, así que aho-

ra los adultos no tenéis ni idea de nada. No sabéis realmente como llegáis a donde llegáis. Ja. Me río. Mortal, colega. Eso no hay quien se lo crea. Por lo menos a mí no me tomas el pelo.

Total, que según usted ser adulto no tiene ninguna diferencia con cómo yo me siento. Entonces me estará diciendo que no hay solución. Tela. Lo único que me queda es tener paciencia, según dirá usted en cuanto yo acabe. Vaya tela. Entonces no sé para qué tengo que venir aquí, aunque realmente no me esté gastando el dinero. Porque menos mal que la universidad ofrece este servicio. Pero vaya timo. Vaya timo. Si usted ahora me dice que no hay solución para esto, excepto que aprenda a gestionar mi miedo. Que la edad adulta consiste en convivir con ser responsable de todo y no tener ni idea de lo que va a pasar ni siquiera dentro de cinco minutos. Eso me parece un timo. Es que, si antes y ahora la gente está igual de confusa que yo, pues apaga y vámonos. Total, que me acabará diciendo que bienvenido a ser adulto. Pero en verdad no se me ocurre otra cosa que me pueda usted decir. Bueno, ¿qué me dice?

# El bosque de las analogías

Pedro Delgado Pérez

## PRIMERA PARTE

Érase una mente montada en una bicicleta...

Y allí estaba Albert. Mirando absorto a la inmensa frondosidad y verdor de aquel bosque bajo el fulgente sol estival. Pie izquierdo en un pedal, derecho en el suelo para mantener el equilibrio sobre la bicicleta; equilibrio que contrariamente a su razonamiento estaba perdiendo por momentos. Escasos minutos atrás, el chico había decidido abandonar el confort de su colchón, sacar su *mountain bike* del garaje y dirigirse a aquel lugar para tratar de recuperar la comodidad que le faltaba, no en su cuerpo sino en su mente.

Aquella era práctica habitual para él desde que su padre le había regalado su más preciada

pertenencia en su decimosexto cumpleaños. Mientras escalaba y descendía aquellas motas con la bici, que él mismo había tuneado durante casi dos años, se disipaban aquellos oscuros pensamientos que a menudo le sobrevenían, incluso sin motivo aparente. Y aquel día su cavilar estaba siendo más nocivo que nunca. Así que, desoyendo a sus padres, quienes siempre le exhortaban a no adentrarse en aquella zona boscosa, había resuelto que aquella tarde era propicia para probar emociones fuertes que lograsen despejar su cabeza. Inspirando hondo, impulsó el pedal izquierdo y, apoyando sobre el otro su pie derecho, comenzó a tomar la cadencia necesaria para emprender la aventura.

¿Ingeniería Mecánica? ¿Pero cómo había llegado a aquella decisión? De pronto empezó a recordar a aquella psicóloga del instituto que había mencionado que su futuro estaba en una ingeniería porque, según ella, era un joven muy ingenioso. «¿Ingenioso yo? Creo que lo más ingenioso que se me ha ocurrido en las últimas semanas es que la UNiversidad de CÁdiz es ÚNICA», sonrió con ironía Albert tras aquel pensamiento. Y entonces ella le había preguntado por sus *hobbies*. Y claro, él había respondido que su gran pasión era su bicicleta y añadirle nuevos accesorios junto con su padre. «Deberías hacer Ingeniería Mecánica», fue su ingeniosa puntualización final. «¡Ay, por favor! ¿Mi elección se basa en aquello? ¡Pero qué tendrá que ver arreglar mi bici con toda una carrera de

Ingeniería Mecánica!». De no necesitar sus manos firmes sobre el manillar, se las habría echado a la cabeza al intuir el origen de semejante decisión. Al menos, trató de consolarse, parecía mejor opción en comparación con la propuesta del otro psicólogo. Aún podía escuchar cómo le anunciaba con el entusiasmo de quien descubre América: «Chico, ¡lo tuyo es la comunicación!». «¿Comunicación? Sí, sí... Me comunico tanto y tan bien que casi ni siquiera tengo amigos...»

Pero, en el fondo, lo que le azoraba no era la especialidad en sí; su dilema se basaba en que nadie de su entorno, ni por un momento, le había abierto el campo a posibilidades más allá de una carrera, como si para él no existiese otra vía posible. Y aquello le perturbaba, pues jamás había sido un niño de sobresaliente; muy al contrario, gran parte de las asignaturas las había estado aprobando por los pelos en el instituto. ¿Y si se estaba equivocando? «Jesús Alberto, que son cuatro añazos de tu vida... ¡Qué agobio!»

«¡Cállate, maldita sea! ¿Dónde está el interruptor para apagar la mente? He venido hasta aquí para no pensar más en esto. ¡Se acabó! Está hecho. Mañana me matriculo y no se hable más...». Y sumido en ese soliloquio andaba Albert que, dada la velocidad propiciada por lo pronunciado de la bajada, fue bastante tarde cuando vislumbró una enorme roca que se camuflaba tras un espeso arbusto en el margen derecho del canal que descendía. Al-

bert trató de frenar y virar bruscamente, de nuevo a deshora para esquivar un socavón que rompía la continuidad del tramo. El accidente era ya inevitable: la rueda delantera se encajó en la hendidura, bloqueando la inercia que el muchacho llevaba. La rueda trasera se levantó por encima de su cabeza, en una escena que evocaba a un caballo mientras alza sus patas delanteras y relincha. Albert, sin poder recuperar el control, salió despedido dando una vuelta en el aire. En aquellas milésimas de segundo su mente aún acertó a recordar a su madre insistiendo: «¡Como yo me entere que coges por el bosque te la ganas!». Tras aquello, un ruido sordo, seguido de un crujido de ramas y el aleteo de una decena de pájaros que abandonaban el lugar desavoridos. Ni un sonido más.

## SEGUNDA PARTE

¿Y estos libros no se descomponen  
con la humedad del bosque?

Aún con los ojos cerrados y tumbado sobre el polvoriento suelo, Albert se palpó la cabeza. «¡Caray, qué tortazo!». Una vez recuperadas las fuerzas, se atrevió a contemplar el panorama. Sin embargo, y nunca mejor dicho, fue un abrir y cerrar de ojos. «Vaya, tenía que estar el rayito de sol que se filtra entre los árboles apuntándome a los ojos...». Haciendo un nuevo esfuerzo, se incorporó ayudándose

de los codos y, una vez en posición sentada, volvió a abrirlos.

—¡Ahhhhh! —chilló Albert, de tal forma que se produjo un extraño eco entre los troncos que le circundaban.

Un hombre, que observaba al muchacho de cerca, había sido quien había motivado tal impresión.

—No tengas miedo —comentó el hombre con voz melodiosa y cierto efecto sedante que logró calmar a Albert.

Antes de articular nada más, se observaron mutuamente durante un rato. Albert comprobó entonces que, tras la espesa barba y pobladas cejas blancas, se escondía alguien de muy avanzada edad. Sus ropajes parecían improvisados con retales antediluvianos. No obstante, algo decía a Albert que nada había que temer y que acaso aquel anciano podía ayudarle.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —se atrevió a preguntar.

—Bueno... ¡por partes! —puntualizó con sonrisa bonachona—. Me llaman el Viejo Cau.

«¿Qué clase de nombre es ese?», pensó Albert.

—Y, simplemente, vivo aquí.

—¿Aquí? ¿En el bosque? ¿En el medio de la nada?

A cada pregunta el anciano respondió con gesto afirmativo.

—Sí, hace tiempo que me retiré y vine a vivir aquí. ¿Sabes? Yo fui bibliotecario en muchas universidades de todo el mundo. De cada una conservé un libro y ahora todos ellos están repartidos por este bosque. ¡Te interesará saber que hay un libro para cada uno de nosotros esperándonos!

—¿Pero quién viene por aquí?

—Pues no creas, no me faltan quienes, como tú, necesitan mi ayuda. ¡De cualquier tipo! Gracias a esos libros, ¡lo sé todo!

—Entonces, ¿pue... puedes sacarme del bosque? —preguntó Albert medio tartamudeando, recordando su prioridad y ante la esperanza de una respuesta positiva.

—Bueno, puedo indicarte el camino que debes seguir. Como ves, estoy muy mayor para acompañarte durante todo el trayecto, Albert.

—De acuerdo... ¡Ey! Un segundo... ¿Cómo sabes mi nombre? Yo no me he presentado... —barbulló entrando en un estado de intensa agitación.

El Viejo Cau comenzó a reír estruendosamente, cruzándose ambos brazos sobre su barriga.

—¿Es que acaso no lo he dicho ya? ¡Lo sé todo! Es lo que tiene leer tantos libros.

«Esto es algo siniestro, pero no tengo mejor opción que escucharle», pensó Albert. «¿O sí? ¿Y mi bicicleta?»

—Chico, tu bicicleta no está aquí. Tranquilo, no la necesitarás para regresar.

«¡Ay, madre!, ¿y ahora puede leerme la mente? ¡Tengo que salir de aquí pitando!»

—Pues para ello solo tienes que subir aquella colina —reveló el Viejo Cau, acompañando sus palabras con el movimiento de su índice, que ahora señalaba en el sentido que quedaba de espaldas a Albert—. Una vez allí encontrarás tu camino, así que es aquí cuando nos despedimos.

Albert viró la testa noventa grados hasta ver la colina. «Sí, adiós adiós, ahí te dejo que sigas con tu festín de setas alucinógenas... ¡Uy!, ¡espero que no haya escuchado eso!», se avergonzó al recordar que aquel hombre podía descifrar sus pensamientos. Pero cuando volvió a girarse, el Viejo Cau ya no se encontraba junto a él.

### TERCERA PARTE

Con que tras la colina encontraría el camino,  
¿que encontraría qué...?

Albert se apresuró a remontar la colina mencionada por el anciano segundos atrás y lo que vio al encumbrarla le dejó sin palabras. Allí de pie se encontraba ante Albert un centenar de chicos y chicas de una edad similar a la suya. «Me temo que no están aquí cazando Pokémons...». Algunos apartados, otros hablando en grupo, pero el denominador común era que todos parecían perdidos a juzgar por preguntas como «¿Y qué hacemos aquí?» o «¿por dónde se supone que hay que seguir?». Tam-

bién es cierto que algún descarriado preguntó «¿Pilas internet en el móvil?».

Albert reparó en que, frente a ellos, había una densa niebla que impedía otear el horizonte. De repente, la niebla comenzó lentamente a disiparse. Los chicos fueron poco a poco apagando sus voces hasta que, justo cuando la bruma se había extinguido por completo, todo quedó en silencio y advirtieron lo que se revelaba ante ellos: una colina el doble de empinada que la que Albert acababa de subir. Al acercarse, pudieron advertir un cartel que decía: «Suba para proseguir el camino».

Nada ocurrió en los segundos posteriores hasta que uno de ellos, bien por valor o por tratar de alardear, hizo el intento de abordar la pendiente. Todos observaron con expectación sus esforzados movimientos. No obstante, una mala pisada a mitad del recorrido le hizo resbalar y, a pesar del esfuerzo por mantenerse, se deslizó hacia abajo irremediablemente. Entonces una docena del resto de muchachos imitaron su acción y trataron de ascender. En solo un minuto, el centenar de chicos y chicas incluyendo a Albert intentaban, con más pena que gloria, ser los primeros en plantar sus zapatos en la cumbre.

Tras un par de intentos fallidos, Albert se desmoronó. «¡Esto es imposible!». Tras mirar en derredor, observó que más de la mitad había desistido y se tumbaban en el suelo exhaustos, sin intención de volver a darse de bruces contra aquella tarea inase-

quible. Sin embargo, un segundo después, su cuerpo recobró el vigor cuando la chica que estaba a su lado desenterró una cuerda de la ladera que parecía colgar desde arriba de la colina hasta su mitad. Varios chicos hicieron un descubrimiento similar en su zona. Algunos de los que aún estaban en la brega retomaron la subida con ayuda de la cuerda y Albert observó con fascinación cómo una chica por fin se alzaba triunfante.

Sin pensarlo dos veces, Albert cogió impulso y en tres zancadas logró sujetar el cabo de una de las sogas. «Ya eres mía». Y, asistido por la cuerda, le fue fácil dar dos nuevos pasos reafirmando su confianza. No obstante, el tercero fue infructuoso; no consiguió el apoyo suficiente y resbaló hasta ver su cara adosada a la cuesta. Mas, apuntalado en la cuerda, y, tras un pataleo que se asemejaba al de un bebé, consiguió reincorporarse. Miró hacia arriba sudoroso como estaba y, jaleado por los que ya habían logrado la hazaña, logró encaramarse a lo alto de la colina. «Lo he logrado... ¡no me lo creo! Mi cara ahora debe ser reflejo del emoticono *lloro de alegría* :?—)».

—Tío, me alegro mucho por ti. Cuando caíste a la mitad pensé que volverías a la casilla de salida —confesó un muchacho de su misma edad que le tendía la mano.

—Gracias, ¡yo también por ti! —expresó mientras correspondía la palmada torpemente.

—Me llaman Tano.

—Yo soy Albert. Encantado. Oye, ¿y tú qué haces aquí?

—¡Pues como todos! Tratando de hallar el camino que la espesura ha cubierto. Y esta es la senda que indicó aquel anciano.

—¿Tú también has hablado con el Viejo Cau? —quiso saber Albert, pasmado ante tal revelación.

—¡Mira! ¡Parece que por allí sigue nuestra ruta! —manifestó con entusiasmo su nuevo camarada.

Y se marchó a la carrera, dejándole con las ganas de conocer la respuesta. La veintena de triunfantes chicos emularon el gesto de Tano. Albert, aún un poco ensimismado, hizo lo propio hasta ubicarse al lado de su compañero. Entonces vio que todos ellos se habían parado en un mismo punto, como si hubiese una barrera imaginaria conteniendo su avance. El resultado era una hilera de chicos que pareciera que fuesen a tomar la salida de una carrera popular. Amusgando los ojos hacia el frente, descubrió el motivo subyacente: la tierra que pisaban se cortaba cinco pasos más adelante y un abismo infinito se abría ante ellos. Hombros arriba, silencio sepulcral y expresivas miradas de sorpresa reinaban en ese momento.

—¡Mirad allí! —profirió repentinamente Tano, quien estaba dado la vuelta y señalaba hacia la derecha—. ¿Es eso una biblioteca? —continuó con un deje de extrañeza.

—¡Sí! —respondió Albert efusivamente tras encendérsele una chispa en su mente—. El Viejo Cau...

—¡No, mirad al otro lado! —le cortó una muchacha a voz en grito, atrayendo la atención de todos—. ¿Estáis viendo lo mismo que yo?

—Si te refieres a un árbol del que, en vez de fruta, cuelgan bebidas refrescantes, sí —corroboró otro de los presentes.

Y sin necesidad de pistoletazo de salida, todos los muchachos corrieron en desbandada hacia el babilónico árbol. Una vez allí, comenzaron a recolectar las botellas que, ante la desmesurada sed, se convertían en pura ambrosía. En menos de un minuto todos bebían con ingentes gorgorotadas. Aquello motivó que comenzasen a hablar con vivacidad, y el ambiente se hizo tan distendido que algunos no dudaron en sentarse en la hierba, al abrigo del esplendoroso árbol. Una vez apuraron sus bebidas, la mayoría quiso repetir ante la gratuidad y la recompensa que ofrecía aquel maná. Albert, por el contrario, comenzó a incomodarse.

—Chicos, ¿no creéis que deberíamos seguir el camino? —expuso tímidamente, consciente de su déficit de habilidades sociales.

—¿Acaso hay algún plan mejor que seguir bebiendo de este árbol? —preguntó satíricamente la chica que había anunciado la existencia del mismo.

«Y ahí tenemos a nuestra Eva del siglo XXI».

—¡Ya te digo que no! ¡No seré yo quien se tire por el precipicio! —le siguió el juego otro de los chicos.

Los que estaban sentados en la hierba comenzaron a reír y olvidaron enseguida la recomendación de Albert.

—Tranquilo. Para mí también es prioritario hallar el camino —comunicó Tano—. Echemos un vistazo a la «biblioteca».

Así que ambos se dirigieron hacia la zona en donde un centenar de libros se apilaban torpemente. No obstante, tras un primer rodeo, Albert tuvo el palpito de que existía cierto orden dentro de aquel desorden, como si cada libro hubiese sido colocado así a propósito y mover alguno rompiese una estructura ininteligible. «Esta pila de libros tiene baja entropía», se sorprendió a sí mismo imitando a su profesor de Química. A juzgar por la inquisitiva mirada de Tano, Albert supo que él tenía la misma sensación. Y, como si de un tango se tratara, ambos comenzaron a rodear la pila uno frente al otro, guiados por pasos al unísono. Casi de forma teledirigida, extendieron cada uno su brazo para agarrar sendos libros.

—Albert...

—Tano...

Ambos se miraron maravillados.

—¿Me estás diciendo que tu libro también pone tu nombre?

—Así es.

Pero el embeleso hacia sus respectivos volúmenes se truncó al corroborar que estaban completamente en blanco: páginas y páginas del más puro albo.

—¿Qué hacemos ahora?

—No sé, volvamos al precipicio y veamos si se nos escapó algún detalle —sugirió Albert.

Ambos se dirigieron en silencio, pero con el amparo de la compañía, hacia el punto donde el terreno se cortaba abruptamente.

—¡Maldita sea! —prorrumpió Tano ante tal escena. Acto seguido, cogió el libro por una de las tapas y comenzó a agitarlo, provocando el efecto de que cada hoja se moviese con vida propia.

De repente, Albert creyó divisar algo en una página del libro que Tano sacudía.

—¡Espera! ¡Hay algo en tu libro!

Tano frenó su movimiento en seco y agarró nuevamente el libro con ambas manos. Allí estaban: cinco símbolos en la primera página.

—¡Para, para! —reclamó Albert viendo que su amigo pretendía seguir hojeando.

—¿Para qué? ¡No hay nada! —arguyó Tano.

—¿Cómo que no? ¿No lo ves? ¡Ahí está!

\* \* \*

—¿Dónde? ¡No lo veo!

—Tenemos que averiguar cuánto vale «X» —opinó Albert desatendiendo a Tano.

—Pues chico, no sé cómo se te dan las *Mates*, pero tengo malas noticias: los números son infinitos. Así que tú mismo, comienza a probar. Yo te espero tomando un refresquito en el árbol.

Mientras reía la ocurrencia de Tano, Albert abrió por la primera página su propio libro. «Nada». Pasó la página. «Nada de nada». Siguió página. «Nada de nada de nada... Ya, Albert, ¡para!». Aquella situación resultaba inextricable para su raciocinio. Justo entonces se percató de que su amigo estaba conteniendo la risa, burlándose claramente de él.

—¿Tengo monos en la cara?

—No... ¡tú sigue «leyendo»! —expresó guasonamente y recalcando esta última palabra.

—¡Dime qué ocurre!

—Veo el valor de «Y» y tú no...

—¡Desembucha! —rogó Albert intrigado.

—«Y» es igual a 4 —concedió finalmente Tano.

—Así que, ¡«X» es 7!

Un crujido atronador sacudió la tierra y les hizo tambalearse. Un puente formado por listones de madera y cuerdas en apariencia inestables emergía bajo sus pies, extendiéndose horizontalmente para atravesar aquel abismo hasta que el otro extremo se perdía de su vista.

—¡Así que aquí está nuestro ansiado camino! ¡Vamos! —expresó mientras empujaba a Albert, quien se vio obligado a dar los primeros pasos sobre aquella pasarela flotante.

Albert miró hacia atrás para cerciorarse de que Tano le seguía, pero no se concedió mirar abajo considerando la oscilación de la plataforma por la que discurrían. «Con lo bien que yo estaba en mi camita». Caminaron durante un buen rato en un silencio sepulcral, en parte motivado por la atención que debían mantener al plantar sus pies en los travesaños, pero también por lo inefable del contexto.

—Tío, no quiero asustarte, pero ya no se ve tierra firme a nuestra espalda tampoco —comentó Tano rompiendo el mutismo imperante.

Albert, curioso, echó un vistazo atrás, justo para ver cómo el madero que pisaba Tano se resquebrajaba y provocaba que perdiese el equilibrio. El muchacho se escurrió por el hueco del listón roto. Por suerte, logró agarrarse al siguiente travesaño y evitó así precipitarse al vacío. No obstante, hubo de sortear aquel escollo incorporándose por sí solo; los maderos del tramo que le separaba de su amigo habían cedido al paso de Albert sin que se diera cuenta, lo que imposibilitaba su retroceso para ofrecerle ayuda. Lo que ninguno de los dos comprendió hasta que Tano estuvo a salvo es que aquello también impedía el avance de este último.

—Aquí concluye mi aventura de momento —se lamentó Tano por su mala suerte—. Trataré de buscar otra vía, pero ahora debes seguir sin mí. ¡No te retrases más, esos listones no parecen consistentes!

Asintiendo con la cabeza, y aunque apenado, Albert volvió a concentrarse en su objetivo. Minutos después avistó el otro extremo del puente. Emocionado, corrió hasta alcanzarlo, casi olvidando la peligrosidad que entrañaba. Solo ante lo desconocido, la niebla que ocultaba la siguiente etapa del camino no tardó en difuminarse hasta mostrar una decena de caminos que partían de un mismo punto, como si fuesen rayos del sol. Albert se plantó en el punto en el que convergían los diferentes senderos. «¿Por dónde demonios se supone que tengo que coger?». Pero, por un motivo que en aquel instante le era ajeno, el desconcierto que una situación como aquella debería acarrear no se reflejó en su estado anímico. Contrariamente, tenía plena confianza en poder afrontar el reto que le plantease cualquiera de los senderos frente a él.

No había motivo pues para demorarse en elegir pero, de pronto, el mismo dolor que había sentido al despertarse tras la caída de la bici volvió a brotar en su occipital. El dolor era muy intenso, tanto que le hizo desmayarse, desplomándose en la tierra.

Cuando recobró el conocimiento volvió a percibir la punzante contusión ocasionada al caer de la bici. Se incorporó y sus ojos se toparon precisamente con ella y sus brillantes pegatinas. Aún aturdido, un poco más allá vio la maldita piedra y el agujero que habían provocado el vuelco. Entonces lo comprendió. Todo lo vivido había sido causado por el fuerte impacto, que le había hecho alucinar. Antes

de que la dismnesia que sucede al sueño borrar las imágenes en su cerebro, consiguió recomponer el viaje: desde el Viejo Cau, pasando por aquella infernal rampa, el árbol de las bebidas, la biblioteca y el puente, hasta llegar a la bifurcación de caminos.

«¡Qué mente más perturbada tengo!», se recriminó a sí mismo. «¡Ni que fuera Dora la exploradora!». Seguidamente comprobó para su sosiego que la bici no había sufrido daños importantes, y se montó en ella dispuesto a volver a casa.

#### CUARTA PARTE

¿Quién refleja más angustia en su rostro:  
yo o mi padre?

«Madre mía, ¡sé lo que está pensando! Pobre papá. Si es que este día tendría que ser ilusionante... Y yo con cara de cordero degollado. ¡Pero es que no me sale poner otra! Cruzar las puertas de la Escuela Superior de Ingeniería es la confirmación: no hay marcha atrás».

Albert andaba un paso por detrás de su padre, como agazapado tras él, tratando de ocultarle de esa manera sus sentimientos. No obstante, mientras cruzaban el largo pasillo de la planta inferior, podía notar cómo él le miraba de reojo, con evidente gesto de contrariedad. En una de aquellas ocasiones sus miradas se encontraron sin querer, y Albert viró la cabeza tratando de disimular. Fue entonces que

sus ojos se posaron en un cartel del tablón de anuncios. No pudo evitar acercarse:

¿Tienes algún problema? ¿Necesitas información?  
Podemos ayudarte.

Envíanos un CAU al Centro de Atención al Usuario.

—¿CAU? —se preguntó Albert en voz alta.

—¿Decías hijo?

—No —respondió Albert aún pensativo—.

Nada —añadió acompañándose de un gesto para indicar que todo estaba bien.

Su padre reemprendió la marcha, pero algo volvió a llamar poderosamente la atención de Albert en el siguiente tablón. El encabezado del papel ponía:

Primer curso. Introducción a la programación.  
Notas convocatoria de junio.

De un simple vistazo a la lista de alumnos y sus notas, Albert sacó una clara conclusión:

—¡Qué de suspensos! ¡En una asignatura introductoria de primero! No me extrañaría que la mitad de ellos abando...

Albert no terminó su frase. A su mente volvieron las imágenes de aquellos chicos tumbados en el suelo, frente a la colina, sin fuerzas para retomar tan ardua empresa tras varias intentonas.

—Albert, no quiero meterte prisa, pero ya debe haber mucha gente para las matriculaciones.

—Tienes razón. Vamos.

Justo al reanudar el camino, un muchacho que portaba llamativos carteles de propaganda le sobrepasó raudo por la izquierda. Este consiguió transferirle hábilmente un cartel, que Alberto leyó al instante:

Pub El Árbol. Fiesta de la cerveza. Todos los viernes.

¿Acaso hay algún plan mejor?

Albert sacudió su cabeza al evocar el majestuoso árbol y a aquella Eva 2.0, tratando de eludir la asociación que estaba formándose en su mente.

Siguieron unos pasos más en silencio. A Albert le gustó aquello de que hubiese mesas en el pasillo donde estudiar con compañeros.

—Espera un momento que mire aquellas indicaciones —anunció el padre.

Albert quedó a la espera al lado de una de aquellas mesas, donde un par de chicos estudiaba con dos libros de la biblioteca como apoyo.

—Tío, ¿y tú cómo es que tienes este problema en tus apuntes y yo no? ¡Ya sé! ¡Ese día estaba malo! —escuchó decir a uno de ellos.

—No te preocupes, cópialo de los míos.

—¡No sabes cómo te lo agradezco!

—Para eso están los amigos, ¿no?

—Um...

—¿Qué ocurre?

—Pues que no me cuadra tu resolución, creo que te falta algo. Mira lo que dice el libro —apostilló mientras le señalaba el punto exacto.

—¡Tienes razón! ¡Menos mal! No llega a ser por ti y suspendo. No tenía ni idea de ese detalle. ¡Gracias!

—Para eso están los amigos, ¿no?

Y ambos rieron en un gesto cómplice. Albert estaba maravillado. Acababa de comprobar *in situ* que tener amigos en la universidad podía suponer una gran diferencia. Como Tano y él, que habían encontrado el puente al compartir la información que habían encontrado en el libro del otro. «¿Pero qué dices Albert? Si aquello fue fruto de un golpe...»

Su padre le hizo señas desde la distancia para que subiese la escalera. La cola se extendía ya por fuera de la secretaría, tal y como su padre había previsto. Albert se sentía desconcertado allí mientras esperaban su turno.

—¡¡Carla!! ¿¿Qué tal??

—¡Alba!, ¡qué de tiempo!

—Es verdad. ¿Te acuerdas lo bien que lo pasábamos en segundo? Esa fue la mejor época sin duda. Pero, ¿qué haces por aquí?

Albert pegó la oreja ante el súbito encuentro entre antiguas compañeras.

—Pues nada, Alba. No lo vas a creer, ¡acabo de comprobar que he aprobado la última asignatura de la carrera!

—¡Enhorabuena tía! Eres una máquina. ¿La única de nuestra promoción que lo ha conseguido?

—Diría que sí —respondió Carla humildemente, a pesar de saber que así era.

—Tiene mucho mérito seguir la carrera sola. Yo no podría sin el apoyo de los amigos.

Instantáneamente, dos imágenes cruzaron la mente de Albert: la de Tano cayendo en el puente y la de él mismo prosiguiendo el camino sin compañía alguna.

—Bueno, ¿y qué tienes pensado hacer ahora? ¿Algún plan? —preguntó curiosa Alba.

—Pues aún no sé, pero tampoco quiero mentirte: he estado barajando diferentes posibilidades.

—¿Y...?

—Lo único que veo claro es que no pienso cerrarme puertas: tengo suficiente confianza y preparación para afrontar cualquier opción.

—¡Así se habla!

No cabía duda: aquella era la convicción que sintió en la bifurcación de caminos. «La pieza que faltaba». El sueño se había tornado realidad punto por punto.

—Albert —dijo su padre interrumpiéndole aquellos pensamientos análogos—. Nuestro turno está a punto de llegar y no paro de observarte. Tu cara me desorienta. Así que te lo preguntaré una única vez: ¿quieres seguir o buscamos una alternativa?

«¡Por fin alguien me presenta otra posibilidad!» Pero llegaba tarde, pues Albert ya tenía clara la respuesta. «Quizás si nadie me presentó otra alternati-

va es porque todos confiaban en mí menos yo. No he hecho más que ponerme trabas: que si carezco de ingenio, de habilidades sociales... ¡Se acabó pensar que no soy lo suficientemente bueno! Claramente el bosque que no me dejaba ver el camino estaba en mi mente. Si mi subconsciente logró llegar al final del camino, no será mi yo consciente el que diga que no puede. Y, a decir verdad, ese sueño sí que fue bastante ingenioso...»

—Gracias papá. Sigo adelante.

## La biblioteca del mar

Melisa Franco Torrecilla

Ése día el mar estaba cerca. Algunos pensarán que en Cádiz el mar siempre está cerca. Que vayas donde vayas puedes sentirlo, como se siente el aire en el rostro aunque no lo veas. Pero se equivocan. Hay veces que está lejos, muy lejos, y entonces el sonido de las olas ni siquiera llega a quien pasea por la orilla. Y hay veces que está poderosamente cerca; tan cerca que se cuela por las rendijas de las casas y las mentes; oxidando el hierro, bañando las ideas.

Ése era un día de aquellos. El suave aroma del Atlántico se filtraba por la ventana entreabierta de la biblioteca como si con sus tentáculos invisibles quisiera atraer a los estudiantes. Olía a salitre, a moluscos, a líquenes y a perfume de sirena.

«Venid a mí», parecía susurrar con voz de Neptuno desde las profundidades, «abandonad los apuntes, y los ordenadores. Yo os convoco».

Ese mar era el mismo mar que enamoró a Lord Byron; era el mismo que cerró el paso a la Armada Imperial de Napoleón; el mismo que surcó Julio César antes de dejar sus ofrendas en el Templo de Hércules. ¿Quién podría negarle a ese mar si quiera una mirada, un pensamiento?

Rafael hacía un buen rato que repasaba sus apuntes, pero no los leía. Frente a su portátil, abierto como una concha que en lugar de perla atesora un campus virtual, hacía rato que se había perdido en ensoñaciones. El azul que reverberaba al otro lado de los muros de la facultad lo había capturado, y ya iba, cual marinero en un bote a la deriva, persiguiendo una cabellera pelirroja y sinuosa que danzaba bajo las aguas.

—Rafa —oyó que decía una voz junto él, pero a la vez muy distante—. ¡Rafael!

El chico salió de sus pensamientos un segundo y se encontró con el rostro regordete y afable de su amigo Esteban, que le apremiaba para que se pusiera manos a la obra.

—Estás en la inopia, chaval —le susurró a modo de regañina.

Pero la atención de Rafael no duró mucho, porque algo lo distrajo: una silueta sonriente que había aparecido en un segundo plano, por detrás de Esteban. Era una chica; la chica más hermosa que había visto nunca. No tenía la melena roja de la sirena de su fantasía, pero algo en ella era magnético, misterioso, intrigante. Tenía el cabello recogido en

una trenza y su vestido de falda larga parecía sacado de otra época. Llevaba un objeto en las manos. A Rafael le pareció que se trataba de un libro. La muchacha, al ver que la miraba, le sonrió y a él apenas le dio tiempo de devolverle la sonrisa, pues se esfumó juguetona tras una estantería.

—¿Has visto a esa chica? —preguntó obnubilado a su compañero de estudios.

—¿A qué chica? —respondió Esteban, girándose en la silla—. Yo no veo a nadie... Oye, ¿qué te pasa hoy? —chasqueó la lengua—. Venga, que tenemos que terminar el trabajo, ¡hay que entregarlo antes de las doce!

—Dame un minuto, Esteban.

Rafael arrastró su silla y se puso en pie ante la mirada confundida de su compañero. Oyó que lo llamaba, pero lo ignoró. De repente sentía un fuerte deseo de conocer a esa enigmática chica que le había sonreído. Tenía que averiguar quién era...

Se encaminó hacia la estantería tras la que había desaparecido segundos antes y no la halló. ¿Dónde se había metido? ¡Era como si la tierra se la hubiera tragado! Entonces se percató de que alguien había dejado un libro mal colocado en un estante; un libro con cubiertas de cuero negro que Rafael no pudo evitar tomar entre sus manos y abrir. Sus páginas estaban arrugadas, como si se hubieran mojado y luego secado al sol y había restos verdes y viscosos pegados entre ellas. Algas. Un intenso olor

a mar le sacudió por dentro y la chica de las extrañas vestiduras se materializó ante él.

—Hola —se atrevió a susurrar Rafael.

La chica sonrió y emprendió la carrera, al parecer muy divertida, y Rafael no tuvo por menos que seguirla. ¿Quién era? ¿Qué quería de él? Una poderosa curiosidad se adueñó de su alma. Necesitaba saber al menos su nombre. La joven bajó las escaleras alzando con habilidad los bajos de su falda y por fin, salió al patio de la facultad, donde la recibió un sol radiante.

—Espera, por favor —rogó Rafael corriendo tras ella—. Dime quién eres.

La chica volvió a sonreír con picardía, pero al fin, se detuvo y esperó a que Rafael se situara frente a ella. Él se colocó muy cerca, con el libro en las manos.

—Hola —volvió a saludar.

—Hola —sonrió la joven—. ¿Quién eres tú?

—Yo soy Rafa, estudiante del Grado de Administración y Dirección de Empresas —se presentó extendiendo una mano. Un gesto que le habría hecho sentirse ridículo ante cualquier otra chica de su edad; al fin y al cabo los jóvenes ya no se presentaban así, con tantos formalismos, pero esa muchacha le inspiraba actuar de aquella manera. Y él se dejaba llevar.

—Encantada, Rafa —dijo ella estrechando su mano. El contacto fue frío, electrizante. Algo así

debería de sentirse al tocar a un espectro recién salido del inframundo, pensó Rafael. O a una sirena.

—Yo me llamo Elena, Elena Gómez Aramburu —se presentó.

¿Aramburu? ¿De qué le sonaba ese apellido? Rafael estaba seguro de haberlo oído antes, en alguna parte, pero en ese momento no logró recordarlo. Sus neuronas ya debían de estar ahogadas en café después de una semana de exámenes y trabajos.

—¿Estudias aquí? —preguntó curioso. La indumentaria de Elena, con aquel vestido de encaje largo hasta los tobillos, le parecía de lo más pintoresca.

—Oh, no —respondió atusándose la trenza que serpenteaba sobre su hombro—. Sólo he venido de visita. Me gusta dar consuelo a algunos enfermos del hospital de mi tío.

—¿El hospital de tu tío? ¿A qué hospital te refieres? —quiso saber. O su cerebro estaba muy espeso ese día o allí estaba sucediendo algo raro.

—¡Al Hospital de Mora! —aclaró ella como si fuera evidente—. Mi tío es José Moreno de Mora, debes de conocerlo, ¡es el gran benefactor de Cádiz! La gente lo quiere mucho... Y mi tía se llama Micaela Aramburu, dicen que es la mujer más guapa de Europa. Supongo que a los Aramburu sí que nos conoces, ¿no? Los banqueros...

—Yo... —dudó Rafael.

—¡Ah, ya veo que has encontrado mi libro! —cambió de tema Elena, quitándole el extraño volu-

men de las manos. Acto seguido lo abrió y el ambiente comenzó a enrarecerse y a tornarse pálido, casi grisáceo, como en esas fotos en blanco y negro que llenan los álbumes olvidados, los museos y los mercadillos de antigüedades. Un intenso olor a mar inundó el patio, tanto que provocó en el muchacho un leve mareo y hubo de aferrarse a una columna para no caer.

—¿Estás bien, Rafa? —le preguntó Elena. El contacto de su suave y pálida mano volvió a ser frío y eléctrico sobre su hombro, como el de un fantasma.

Cuando el chico abrió los ojos y miró a su alrededor, se quedó boquiabierto. Seguía estando en el patio de la Facultad de Empresariales, solo que ahora no era el patio de la facultad, ¡sino la entrada al antiguo Hospital de Mora! Los suelos eran los originales, los azulejos volvían a decorar las paredes aquí y allá, las blancas columnas relucían como el primer día, trasegaba la gente vestida con ropas de principios del siglo pasado, camillas con enfermos quejosos y monjas con sus tocas de vuelo almidonado sobre las cabezas. ¿Qué acababa de suceder? ¡Había viajado en el tiempo! Y ahora sus vaqueros rotos y su sudadera de Star Wars desentonaban escandalosamente con el entorno. Era como si lo envolviera una película rodada por los primeros cinematógrafos y sólo Elena y él se percibían a todo color.

—No te asustes —susurró Elena a su lado. Su voz era melódica, dulce y tierna—. Confía en mí, Rafa, sólo quiero contarte algunas historias... ¿Te apetece oírlas?

—Sí... —contestó turbado. No sabía por qué, pero sentía que podía confiar en ella. Estaba seguro de que aunque todo aquello pareciera una locura, acabaría encontrándole el sentido—. Pero ¿por qué me las quieres contar a mí? No soy nadie especial —dijo.

—Porque tú has respondido a mi llamada, Rafael... Mientras la mayoría de los estudiantes pasan horas en las bibliotecas y nunca se fijan en los libros que las llenan ni en los personajes que las habitan, tú tenías los ojos bien abiertos a ellos —sonrió—. ¡Ven, sígueme! ¡Hay muchas cosas que ver, y muy poco tiempo!

Elena lo tomó de la mano y lo arrastró fuera del edificio. Un carruaje que llegaba a toda prisa con una embarazada a punto de dar a luz casi los atropelló y tuvieron que frenar en seco. De repente una descolorida pero hermosa playa de La Caleta apareció ante ellos y Rafael sintió que faltaba algo en aquella visión, como si fuera el cuadro de la Mona Lisa, al que alguien hubiese borrado la sonrisa con aguarrás.

—¿Dónde están los árboles? —preguntó con sorpresa.

—¿Qué árboles? —Elena se encogió de hombros—. ¿Los ficus? ¡No los han plantado todavía, mi querido Rafa!

¿Cómo que no los habían plantado todavía? Aquello era inquietante, pero Elena era tan bonita y se veía tan feliz, que Rafael sólo podía dejarse llevar por ella. Corrieron hasta la orilla de La Caleta y la chica se remangó la falda del vestido, se deshizo de los botines y sumergió los pies en el agua. Rafael hizo lo propio con los zapatos de deporte y los calcetines y ambos rieron y se salpicaron durante un rato. En ese momento no importaba nada, ni aquel campus virtual esperando el último trabajo del curso, ni que el ambiente se hubiese cubierto de tonos grises, ni que todo aquello fuera un sueño imposible... Elena tenía una sonrisa divina, unos ojos de caramelo, y se había fijado en él. ¿Qué importaba el mundo? ¡Que se cayera a pedazos si quería! Entre una broma y otra, la muchacha le robó un beso. Sus labios tenían un regusto salado que lo transportaron de nuevo en el tiempo. Volvió el olor a mar y el «mareo». Cuando abrió los ojos, Elena ya no estaba a su lado y se oían fuertes cañonazos por toda la bahía.

—¡Apártate de ahí, muchacho, si no quieres que los gabachos te arranquen la cabeza! —le gritó un caballero con un fuerte acento británico.

Aunque todo seguía viéndose en una escala de grises, el caballero sí tenía color. Era joven y apues-

to, de tez clara, mirada azul y casaca roja llena de bordados de oro.

—¿Quién es usted? —preguntó Rafael mientras se colocaba los calcetines y los zapatos con nerviosismo. Aunque estaba en la playa, de repente se sentía ridículo, como sucede en esas pesadillas en las que acudes a la facultad en pijama y con tus zapatillas de cuadros de andar por casa, provocando la burla de compañeros y profesores.

—Soy el duque de Wellington, hijo —respondió con su curioso acento—. Aunque tú puedes llamarme Arthur, si quieres.

—¿Es usted Sir Arthur Wellesley, el que derrotó a José Bonaparte en la batalla de Talavera y en los Arapiles; el que tuvo una casa en Cádiz durante el asedio?! —preguntó incrédulo. A ese personaje sí que lo conocía. Había visto un cuadro suyo en alguna parte.

—El mismo, muchacho —contestó el caballero inglés, henchido de orgullo. Sonrió y sus dientes blancos iluminaron un rostro de mentón poderoso—. Estos gabachos nos están dando mucho que hacer en la península Ibérica...

De repente unas nubes oscurísimas, como impregnadas de un espeso humo, se arremolinaron en el cielo y comenzó a llover fuertemente. El duque de Wellington y Rafael corrieron a refugiarse bajo un techado mientras se oían cañonazos de un lado y tambores, palmas y salvas del otro.

—¿Sabes, hijo? Hoy están proclamando la Constitución —explicó el duque—. La Pepa, ya sabes; los diputados reunidos en Cádiz son muy modernos —y continuó—. Pero, ah, los gabachos también están de celebración por el santo de su rey José, fíjate qué casualidades. ¡Salvas y cañonazos! Ambos bandos están de fiesta el mismo día, pero por motivos bien distintos. La vida es muy rara, *isn't it?*

—Y que lo diga, Sir Arthur —bisbiseó Rafael.

—Por cierto —recordó el duque—. Traigo esto para ti...

Sir Arthur extrajo de debajo de su casaca roja un libro con cubiertas húmedas y pequeños moluscos adheridos a ella. Rafael dudó un segundo si debía abrirlo o no, al fin y al cabo aquellos mareos lo estaban fatigando y quería pasar un rato más con el duque. ¡Elena se había marchado tan pronto!

Pero entonces el mar se retiró hacia atrás, la marea comenzó a bajar y a bajar, como sucede en las películas apocalípticas antes de que llegue un tsunami. Los peces saltaban en la orilla y Rafael se asustó mucho.

—¿Qué sucede, Sir Arthur? No recuerdo que ocurriera nada parecido a un tsunami durante la Guerra de la Independencia...

—En efecto, chico —confirmó el duque—. Esto no pertenece a mi época. Es el maremoto de Cádiz de 1755, que se ha colado en esta parte de la

historia. A veces, todo se mezcla. ¡Vamos! ¡Abre el libro que te he dado y márchate, es peligroso!

Las olas se aproximaban furiosas y enormes a la orilla y Rafael sintió tanto terror que abrió el libro sin demora. De nuevo le invadió el olor y la sensación de mareo y de nuevo el paisaje a su alrededor cambió.

Las nubes grises se marcharon, el cielo se aclaró y cuando Rafael abrió los ojos, se encontraba en una Cádiz muy distinta. Ya no se oían cañonazos, ni había olas enormes queriendo engullir la ciudad, pero tampoco volvía a percibirse el constante y familiar fluir de los coches por la carretera. Aquella, ¿qué Cádiz era? Faltaban edificios por todas partes y los perfiles que se recortaban contra el cielo eran ancianos y misteriosos. De repente una barquita comenzó a acercarse hacia la orilla. En ella llegaban algunos hombres con vestimentas medievales y entre ellos distinguió a un eclesiástico, que era el único cuya piel y vestiduras tenían color en medio del paisaje gris.

—¡Apartaos de ahí, joven del futuro! —chilló el hombre desde la barca—. ¡Traemos al monstruo! ¡Por fin lo hemos capturado!

Rafael se hizo a un lado y comenzó a elucubrar sobre qué monstruo podría ser aquel, pues no recordaba ninguna historia de monstruos en Cádiz.

—¿Y usted quién es? —se atrevió a preguntar.

—¿Yo? ¿Quién voy a ser, jovencito? Soy nada menos que fray Benito Jerónimo Feijoo, y con la

ayuda de estos gallardos marineros, traigo por fin al hombre-pezu.

¡El hombre-pezu! Rafael puso atención al pesado fardo que los marineros bajaron de la barca. Envuelto en redes de pescar, se hallaba un hombre corpulento de cabello rojizo, piel cubierta de escamas y manos y pies palmeados. ¡Un momento, él había oído algo de aquella historia! Muchos decían que era sólo una leyenda... Pero el periodista Íker Jiménez había hablado de él en su programa Cuarto Milenio, como también había mencionado los famosos ruidos metálicos de la bahía o los dibujos de rostros misteriosos en los enormes ficus del Hospital de Mora.

—¿Qué vais a hacer con él? —esa parte no la recordaba muy bien.

—Pues qué vamos a hacer, hijo, interrogarlo para ver si nos revela de dónde viene y cómo es el «Reino Sumergido del Mar»... —aclaró fray Benito.

Rafael observó cómo los marineros envolvían al hombre-pezu en una manta y lo subían a un carro para alejarse de allí a toda prisa junto a fray Benito, que se despidió de él alzando una mano. Del carro en marcha cayó un objeto y cuando Rafael se acercó a recogerlo, vio que se trataba de un libro envuelto en una red de pescar: la próxima parada.

Lo abrió y Cádiz cambió de nuevo sus contornos. Los edificios se hicieron aún más bajos y las vestiduras de los viandantes se transformaron en vaporosas túnicas de lino y seda y en sandalias

de cuero y esparto. ¡Aquello era Gades! ¡La Gades romana!

Viendo que ningún personaje lo asediaba, Rafael decidió pasear tranquilamente por la bahía. Observó maravillado a todos aquellos personajes clásicos, y se preguntó por qué nadie se espantaba de su aspecto de veinteañero del siglo XXI. Era como si nadie pudiese verlo... Hasta que un señor de cabello ensortijado y túnica blanca con listones púrpura se le acercó. Era la única persona a color. Y Rafael dedujo que sería su nuevo compañero de viaje. Algo parecido sucedía en los videojuegos de aventuras cuando sobre la cabeza de un personaje aparecía una flecha luminosa. Eso quería decir que debíamos acercarnos y hablar con él, porque podría aportarnos valiosa información para nuestra misión. Ojalá en la vida real la gente buena o interesante llevara esa flecha sobre la cabeza, pensó el estudiante. Así sería mucho más fácil encontrarla.

—¿Eres tú Rafael, verdad? —le preguntó el hombre, con un acento que parecía italiano.

—Sí, soy yo... —dijo ya sin espantarse—. ¿Y usted es...?

—Ja, ja, ja —rió el hombre—. No me digas que a mí tampoco me reconoces, muchacho, soy Lucio Cornelio Balbo. ¿Es que tampoco conoces a la familia de los Balbo? Anda, ven, voy a enseñarte algo que quizás pueda interesarte...

Rafael y el señor Balbo caminaron un largo rato por las calles de Gades. Las gaviotas sobrevolaban

laban la orilla igual que lo hacían en el año 2017, y en la plaza, los vendedores proclamaban las bondades de sus productos recién salidos de la mar. Rafael se vio tentado de preguntar si en esa época ya existían las tortillitas de camarones, porque francamente después de tanto paseo, se le estaba abriendo el apetito.

—Ven por aquí —le dijo el señor Balbo.

Y por una abertura en el suelo de una lujosa *domus* romana, ambos comenzaron a descender por una escalera de piedra, hasta llegar a lo que parecían pasadizos subterráneos.

—Estas son las Cuevas de Hércules, muchacho —explicó el señor Balbo— y unen entre sí los edificios más importantes de la *neapolis* de Gades... ¿Qué te parece?

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Rafael. Aquellas galerías eran frías y tenebrosas, de techos amplios y paredes de piedra ostionera. El eco de la voz de Lucio Balbo era imponente allí abajo. ¿Acaso no era aquel uno de los amigos de Julio César, el Emperador?

—Por cierto, chico, se me olvidaba entregarte esto... —dijo alargándole un papiro enrollado.

Rafael supo que era hora de volver a viajar. Desenrolló el papiro y de repente las galerías comenzaron a inundarse de agua espumosa y salada. Balbo se había esfumado y el estudiante sintió pánico. ¿Y si moría allí, atrapado en otra época? Lo darían por desaparecido y nadie sabría nunca lo que

le habría sucedido... Pero cuando estaba a punto de ser engullido por el mar, apareció ante él una figura llena de colores. Era una joven de piel aceitunada con una túnica verde mar, que se desplazaba con la lentitud y majestuosidad de una medusa. Lo agarró de un brazo y nadando con una fuerza impropia de alguien tan delicado, lo sacó de los túneles y lo llevó a la orilla del mar.

—Y tú... ¿quién eres? —logró decir Rafael cuando escupió el agua que había tragado.

—Soy Anaid —respondió ella. Llevaba muchas joyas: anillos de oro amarillo en todos los dedos, brazaletes finamente tallados, un pesado collar y una diadema de lapislázuli—. Pertenezco a la época de Gadir —aclaró.

—Entonces, ¿eres fenicia?

—Sí, y aunque en tu época aún no lo saben, mío es el sarcófago que está en vuestro museo, junto al del hombre barbado.

Rafael estaba maravillado. Nunca imaginó tener a la Dama de Cádiz ante sus ojos. Había que reconocer que la chica era guapa, casi tanto como Elena Gómez Aramburu... ¿Qué habría sido de ella?

—Y ahora dime, ¿te gustan las historias que te he contado, Rafael? —preguntó la dama fenicia mientras pasaba las hojas de un pesado libro que de pronto descansaba sobre su regazo.

—Sí, me han gustado mucho; pero entonces... ¿eres tú quien me las ha contado? —preguntó Rafael confundido.

—Claro, mi curioso estudiante, porque yo soy Elena Gómez Aramburu, y Sir Arthur Wellesley y fray Benito y Lucio Balbo y también Anaid... Yo soy todos y ninguno a la vez... —dijo con una mirada enigmática—. Me gustaría contarte más cosas, pero es hora de que regreses a tu biblioteca. Ha llegado el momento de cerrar el último libro de la jornada y de cumplir con las tareas. Tu compañero debe de estar esperándote y tienes un trabajo que entregar antes de las doce.

Rafael agachó la cabeza, triste.

—¿No puedo quedarme un poquito más? —preguntó con mirada suplicante. Por un momento se sentía como Cenicienta, pidiéndole al hada madrina que le dejara quedarse un rato más en el baile, que no transformase en calabaza su carroza de oro todavía...

—Ja, ja, ja —rió Anaid—. ¡Me gusta la gente curiosa! Gracias a ella las historias y leyendas nunca mueren y los libros no caen en el olvido, pero es hora de volver a tu tiempo, Rafael. Además de curioso, hay que ser responsable con el trabajo y buen compañero.

Le acarició el rostro con su mano gélida.

—Otro día te contaré más cosas. Cádiz tiene mucho que contar y gran parte de ello lo puedes descubrir en sus bibliotecas. Sólo tienes que estar atento y mirar bien.

Anaid cerró el libro. Y de nuevo la mente de Rafael se inundó de mar. Todo le dio vueltas. El

mareo se hizo casi insoportable... Hasta que abrió los ojos y reapareció en la biblioteca de la Facultad de Empresariales. Estaba frente al estante donde encontró el primer libro, pero ahora en su lugar sólo había un charquito de agua.

—Rafa, ¿vienes o qué? —oyó que le decía Esteban desde la mesa—. Tenemos que terminar el trabajo...

Rafael miró a su alrededor. Estanterías. Libros. Estudiantes haciendo sus trabajos de última hora... Todo había vuelto a la normalidad.

Regresó a la mesa y se sentó junto a su amigo, dispuesto a terminar aquel caso práctico con energías renovadas. Cuando fue a teclear en su ordenador, las manos aún le temblaban de la emoción. ¿Sería verdad que a veces los estudiantes necesitan desconectar un rato de sus obligaciones para retomarlas con más fuerza e ilusión? No estaba seguro, pero quizá fuera cierta la leyenda universitaria; ésa que dice que el mar también tiene su biblioteca, y que de vez en cuando deja que alguien entre en ella y lea sus historias, todas las que una vez presenció y que nunca mueren porque son eternas. Eternas como el vaivén de sus olas.



## Una cenicienta en la UCA

**María Besada Hurtado**

Como cada día antes de la entrega de un trabajo, me había levantado inquieta y con más sueño de lo normal, obviamente debido a no haber podido pegar ojo dándole vueltas y vueltas a la cabeza hasta quedarme dormida con mis gafas de pasta puestas y el ordenador encendido sobre la cama. Era viernes y no un viernes cualquiera, debía entregar un trabajo para la asignatura de Creatividad Publicitaria antes de la medianoche a través del Campus Virtual, lo que me convertía prácticamente en una Cenicienta del siglo XXI, sin un príncipe al que conquistar pero con una idea seductora por encontrar. Y yo me preguntaba: ¿Dónde están las hadas madrinas cuando se las necesita?

Esta vez el profesor de Creatividad Publicitaria nos había encargado un *briefing* para anunciar

unos espárragos blancos en lata y debíamos encontrar ideas de tal forma que consiguiéramos enfocar el producto como *snack* saludable para el público joven.

El día de la entrega de un trabajo en la carrera de Publicidad ya se tiene la idea final, y lo único que queda es reproducirla o darle los últimos retoques, pero ese día no era uno de esos días, ese día no existía tal idea. Me hallaba en plena crisis creativa, cual Goya sin maja desnuda en la cual inspirarse, como Cervantes sin su hidalgo, como un Moranco sin su Omaíta. Las ideas revoloteaban en mi cabeza pero ninguna llegaba a nada en concreto, ninguna se asemejaba lo más mínimo a la idea que necesitaba para la elaboración del trabajo, o al menos esa era mi constante impresión. Espárragos, espárragos... ¿Qué podría haber de atractivo para los jóvenes en los espárragos? ¿Vitaminas y minerales? ¿Cuándo le han importado a los jóvenes las vitaminas y minerales? ¿Se harían los jóvenes *selfies* con espárragos para Instagram? ¡Malditos espárragos Carretilla! ¡No puedo dejar de pensar en sus anuncios!

Para estos casos siempre tengo escritas unas cuantas ideas a modo de cajón de sastre que voy almacenando por si puedo llegar a usarlas en algún momento, son ideas que se me suelen ocurrir en los sitios y momentos menos esperados. A veces puedo sacarlas del cajón y echarlas a volar si tengo la suerte de que guarden alguna relación con uno de los trabajos que me piden, pero ese momento bucólico

de ideas saliendo de un cajón cual pajaritos de un nido parecía que esta vez no se iba a producir.

Lo cierto es que la mente de una persona creativa, a veces no avisa, es decir, si buscas en el cerebro de un publicista no encontrarás una fábrica de ideas al estilo *Charlie y la Fábrica de Chocolate* donde éstas se manufacturen a la perfecta medida de los deseos del fabricante, nada de eso. Está claro que las ideas están ahí, existen, pero se encuentran volando de aquí para allá felices y sumergidas en una casi perenne entropía.

Pero bueno, ya eran las doce del mediodía, disponía de doce horas por delante, y la sombra de lo que sería probablemente la crónica de un trabajo no entregado planeaba sobre mí inevitablemente. Y en un optimista intento por mantener alejada toda esta pseudo-tragedia creativa, decidí hacerle una visita a la biblioteca de la universidad en busca de esa inspiración divina.

Una de las cosas que he aprendido en las clases de Creatividad es que lo más importante para poder sacar ideas creativas, es conocer, saber, estar informado, ver películas, leer libros, ver obras de teatro, leer cómics, etc. Había una frase muy inspiradora que aparecía en los apuntes que decía *Everything is a remix*; es decir, casi todo lo que creamos a nuestro alrededor no es más que el resultado de la combinación de diferentes ideas que estaban previamente en nuestro cerebro fruto de una anterior experiencia, y que ya sea de forma

consciente o inconsciente las reproducimos de tal forma que obtenemos como resultado una nueva combinación original.

El problema es, que a veces estas recomendaciones, que invitan a leer y ver películas para estimular tu creatividad, se convierten en la excusa perfecta para no sentirte culpable y pensar que hay algo productivo en las tres horas que me he llevado conectada a la HBO hasta las cuatro de la madrugada viendo series. Nunca se deja de buscar la inspiración. Por tanto, ¿por qué no intentar regar mi creatividad mental con las semillas del conocimiento que puede aportar un libro? ¡Pues vamos allá!

Antes de entrar en la biblioteca, aproveché para pedirme un té en la cafetería, y es que para mí hay una esencial relación entre leer y tomar una bebida caliente. Pedí mi té favorito, el Taj Mahal, una perfecta combinación de té negro con canela, aunque para variar me lo pusieron a la temperatura perfecta para fundir el acero, así que lo pedí para llevar y me lo fui tomando por el camino.

Mientras me aproximaba hacia allí, adoptaba esa clase de actitud con la que caminas hacia una biblioteca cuando sabes que no vas a estudiar como la mayoría de mis compañeros; vas a leer, a sumergirte en el mundo del conocimiento, sabes que ese ya es otro nivel, y en ese momento en mi mente me visualizaba como si caminara avanzando a cámara lenta, con el pelo moviéndose hacia atrás por

el viento, y sonando la canción *Don't stop me now*, de Queen.

Subí en el ascensor, para no derramar el té. Suelo coger la escalera para ahorrar energía, por todo eso del cambio climático y tal, además de que la pegatina del ascensor ya se encarga de advertírtelo diciendo «Escaleras es salud, ¡mantén una vida activa!», para hacerte sentir culpable y recordarte de paso que esa caña que has desayunado esta mañana no se va a quemar precisamente si coges el ascensor. Buena estrategia persuasiva la de este cartel por parte de la UCA, quizás debería seguir su ejemplo e inspirarme en algo así para la lata de espárragos. ¿Debería transmitir el mensaje de «Espárragos es salud»? ¿Por qué comerte un paquete de patatas si puedes abrir una lata de sabrosos y sanos espárragos? Mmm... quizás la UCA pueda ser más inspiradora de lo que pensaba.

Una vez dentro, la sala no estaba muy concurrida como otras veces, quizás porque eran las 13:00 y la mayoría de la gente va a comer. A esa hora me encanta la biblioteca, el silencio, la luz del sol entrando por sus amplios ventanales de cristal, las vistas panorámicas de los edificios de la zona trasera de la universidad... siempre me hacen sentir dentro de una burbuja. La mayoría de las veces vengo a la biblioteca para estudiar, pero otras veces suelo acudir aquí cuando tengo uno de esos días en los que siento una especie de duda existencial y necesito concentrarme en mi propio universo, esos días

en los que se tiene angustia y, no se sabe por qué, me calma enseguida la tranquilidad que se respira, me da la impresión de que nada malo podría sucederme aquí.

Tomé asiento en la zona de siempre justo al lado del ventanal de cristales, dejé mi abrigo de pelo beige encajado en la silla, puse el bolso encima de la mesa, busqué el bolígrafo y los folios que me había traído para apuntar todas las ideas, y me dirigí hacia la zona de los libros de Mercadotecnia.

Y ahí estaba yo plantada justo enfrente de la estantería donde estaba visualizando un centenar de libros que me interesaban y los cuales tenía la repentina necesidad de leer. Quería leerlos todos. ¿Por qué nunca me habría pasado por aquí buscando una idea? Como se trataba tanto de libros de Marketing como de Publicidad me enfrentaba a mi eterno dilema, ¿cuál de ellos elegir?

Digo eterno dilema porque ya me hice esta misma cuestión hace cuatro años cuando estaba pensando qué carrera escoger. Una vez descartada la idea de ser una chica Almodóvar, dudaba entre estudiar Publicidad o estudiar Marketing, y dada mi absoluta incapacidad para decidirme terminé por escoger las dos carreras. Resulta gracioso ya que la mayoría de las personas no saben la diferencia entre ambos términos, por lo que siempre termina siendo un lío explicarles lo que estudio, sobre todo a las amigas de mi madre. Quizás lo único que envidio de las personas que estudian una carrera

más habitual, como Medicina por ejemplo, es que a las amigas de su madre sólo tienen que decirles eso. Yo cuando les digo que estudio un Doble Grado de Publicidad y Marketing, seguidamente tengo que explicarles de qué se trata, intentar hacerles incluso comprender la diferencia, hasta que a la susodicha amiga de mi madre le estalla la cabeza y sonrío exclamando: ¡Que interesante!

Pero bueno, mi problema trataba de una asignatura plenamente publicitaria, la creatividad, así que me decanté más por los libros que versaban sobre esta temática. Obviamente no esperaba encontrar una guía al estilo de *Seis pasos para encontrar una idea innovadora*, o *Cómo encontrar una idea creativa en 3 horas*. No, no sé, supongo que simplemente estaba buscando ese clic, esa chispa creativa instantánea que puede surgir cuando menos te lo esperas.

Encontré varios títulos que parecían bastante llamativos como *Creatividad publicitaria eficaz* de Carlos Navarro, un director creativo de éxito y pensé que este libro no sólo me aportaría algunas ideas ingeniosas sino que además las encaminaría por el camino de la eficacia; cosa que normalmente no es fácil, así que lo posé sobre mi brazo como posible fuente de inspiración y seguí buscando. Otro libro que llamó mi atención fue *Postpublicidad* de Daniel Solana, con una portada muy llamativa llena de dibujos minimalistas y que trataba sobre la nueva cultura publicitaria en la era digital; pensé que

podría servirme para elaborar una campaña *online* estratégica para vender unos nuevos espárragos 2.0.

Entonces di con el clásico entre los clásicos de la publicidad *Confesiones de un publicitario* de David Ogilvy. Este es uno de los libros imprescindibles si estudias esta carrera, pero yo todavía no lo había leído en su totalidad. Pensé: ¿En qué podría inspirar una idea para espárragos las confesiones de un publicitario del Nueva York de los años 60? Había llovido mucho desde entonces, así que no creí que resolviera mi problema inminente. A pesar de eso lo puse sobre mi brazo junto a los otros dos y me los llevé a la mesa.

Tras haber leído por encima algunos de los párrafos de estos tres libros, habían surgido en mi mente algunas ideas. Como un *spot* en el que unos espárragos alienígenas venían a salvar la especie humana de unos aperitivos poco saludables que estaban acabando con todo; también pensé en venderlos en llamativas cajas acompañadas de diferentes leyendas en las que los espárragos habían servido como ofrenda a los dioses en la Grecia Antigua. Muchas ideas disparatadas pero ninguna terminaba de convencerme plenamente.

Cansada de acumular ideas terminé leyendo el libro de *Confesiones de un publicitario* que se convirtió más que en una ayuda, en un divertido y suicida pasatiempo. A medida que lo leía me imaginaba en Madison Avenue en los años 60, bebiendo Martinis en la oficina, fumando en una pipa como

la de Audrey Hepburn, conmocionándome por la muerte de Martin Luther King, inspirándome por los artistas del momento como Andy Warhol o John Lennon, y creando *spots* con escenas de *hippies* cantando *I'd like to buy the world a Coca Cola*. Eso sí que eran buenos tiempos, todo tan novedoso, con tanto por crear, con tanto público por sorprender. Resulta difícil impresionar a las personas hoy en día, lo cual es normal, miles de profesionales de la publicidad llevan casi un siglo intentando hacerlo sin cesar.

Todo lo que estaba leyendo me estaba pareciendo tan interesante... Pero la cruda realidad se materializaba en la hora de mi teléfono móvil, eran las cuatro de la tarde y no había encontrado esa idea absolutamente definitiva para la entrega del trabajo, la media noche se aproximaba en el Campus Virtual y el reloj parecía que cada vez iba a mayor velocidad, casi al compás del tic que se presenta en mi ojo izquierdo cada vez que me encuentro ante una situación estresante. Toda esa actitud victoriosa con la que me había dirigido a la biblioteca había desaparecido pensando que el tiempo se estaba agotando y que quizás esto de venir a buscar libros para inspirarme había sido una idea kamikaze por mi parte y que sólo ayudaría a entretenerme más.

Para colmo me estaba empezando a entrar un estrepitoso sueño ya que no había dormido casi nada la noche anterior, así que decidí recostar mi cabeza sobre la mesa un rato para así de alguna for-

ma asentar mis ideas. Cuando llevaba un rato pensando, noté que alguien había tocado mi hombro, pensé que sería algún compañero pero cuando levanté mi cabeza no había nadie detrás, y la sala de la biblioteca estaba completamente sola.

Tras este extraño suceso, decidí recoger todos los libros, me levanté para dejarlos en la estantería y cuando estaba colocándolos en orden numérico, apareció una mujer a mi lado que me pareció un tanto extraña. Lo que más me llamó la atención de ella fue su atuendo. Llevaba una falda larga con vuelo de color morado, una capa con dibujos aztecas, y unos collares de bolas de madera de colores. Parecía una especie de alquimista.

—¿Buscando inspiración, María? —dijo ella—. Me extrañó muchísimo que esa mujer supiera mi nombre y mi cara cambió por completo.

—No te asustes. Estoy aquí para ayudarte.

—¿Para ayudarme? —le respondí yo extrañada.

—Sí, ¡soy tu UCA Madrina! —me dijo sonriendo felizmente.

Yo en ese momento pensaba que se trataba de una broma de alguien para algún canal de Youtube o algo así, por lo que me reí y le dije:

—¿Mi hada madrina?

—Sí, cuando los alumnos se matriculan en la Universidad de Cádiz tienen derecho a recibir los servicios de una UCA Madrina al menos una vez en toda la carrera para un caso excepcional en el que lo necesiten, como una especie de llamamiento es-

pecial mágico. ¿Recuerdas aquella vez cuando a tu amiga Violeta le dejó su novio y no estudió nada la noche antes del examen y aun así aprobó? ¿No recuerdas cuando a tu amigo Gabriel no se le ocurría ninguna idea para su TFG pero al final consiguió hacer un trabajo con una nota de diez? Fueron otros de los casos en los que debí aparecer, ya que se trataban de unos momentos claramente necesarios.

En ese momento lo único que pasaba por mi cabeza era que alguien había saboteado mi té con alguna sustancia psicotrópica y estaba alucinando, pero por más que pestañeaba la mujer no desaparecía. Yo soy una persona muy escéptica para esta clase de sucesos y aún más para creer en la magia. Lo más cerca que estoy de creer en algo tan irracional es el horóscopo, pero eso es sólo porque los astrólogos siempre se muestran optimistas en sus predicciones, lo que ejerce un efecto placebo siempre ante mis preocupaciones que me alivia bastante.

Ella siguió hablando y explicándome más detalladamente en qué consistía el procedimiento casi como alguien del personal de Secretaría de la universidad lo hubiera hecho.

—Según el decreto establecido tienes derecho a pedir cualquier tipo de deseo para poder llevar a cabo la actividad en la que estás bloqueada, puedes pedir cualquier cosa que te ayude a conseguirlo, no obstante no podrá incluirse en el deseo el hecho en sí, por ejemplo, no puedes pedirme aprobar el trabajo simplemente. Además el deseo no podrá ir

en contra de la seguridad de los demás y de la tuya propia, estarás obligada a no contárselo a nadie, ya que pondría en riesgo la esencia y estructura de este departamento y su carácter plenamente excepcional, por lo que debo informarte que si le cuentas este hecho a alguien el efecto conseguido desaparecerá.

En ese momento mis sentimientos fluctuaban entre el escepticismo, el estado de *shock*, y por qué no decirlo, la esperanza.

—¡Venga! ¡Que no tenemos todo el día! Sólo dispongo hasta la medianoche para ayudarte, justo cuando se cierre el Campus Virtual a las 23:59 horas. ¿Qué deseo quieres pedir?— dijo ella mirándome con esos ojos azules casi violetas.

Pensé que quizás mañana esta broma absurda sería viral en internet, así que me dije a mi misma que no perdía nada por averiguar qué pasaría, por lo que me puse a pensar qué deseo podría pedirle. En pocos segundos ya tenía claro cuál sería mi deseo. Y es que, tras haber estado leyendo el libro de *Confesiones de un publicitario*, tenía muy claro cómo podría conseguir inspirarme.

—¡Ya sé cuál será mi deseo! ¡Quiero viajar en el tiempo! —le dije en un momento de auténtica fe impropia de mí.

—¡Pues no se hable más! Acompáñame por aquí y verás cumplido tu deseo.

Mientras le seguía por el camino pensaba que no sabía si lo que me prometía esta mujer podría

llegar a cumplirse. Nunca me había ido de Erasmus en la universidad, quizás sea porque el programa de becas de «movilidad espacial» no es lo mío, quizás estaba esperando una oportunidad aún mayor y la opción de movilidad en el tiempo se adecuaba más a mis inquietudes. Decir «He estado de Erasmus en los años 60» podría resultar incluso más enriquecedor.

Le seguí hasta que se paró justo enfrente del ascensor, me dijo que entrara y que ella desde fuera pronunciaría las palabras mágicas necesarias.

—¡Espera! No te he dicho aún a qué parte del pasado quiero viajar —le dije.

—No hace falta, ya sé perfectamente lo que necesitas —dijo ella, y me empujó suavemente hacia el ascensor, entré en él y se cerraron las puertas. Desde dentro la escuché pronunciar las susodichas palabras mágicas pero en una especie de versión adaptada a la universidad.

—¡Salacadula, esto es la UCA, Bibidi Babidi Bul

Y el ascensor empezó a moverse hacia abajo, todo se estaba empezando a volver más surrealista de lo que esperaba, pero lo cierto es que comencé a asustarme un poco. Las puertas del ascensor se abrieron otra vez, pensé que en ese momento me esperaba un ramo de flores acompañado del presentador de un programa de cámaras ocultas, pero al abrirse la puerta me di cuenta de que algo había cambiado.

Hubo algo que me llamó la atención desde el primer instante, y eso fue el olor. Cuando se abrie-

ron las puertas un fuerte olor a tabaco entró en el ascensor, desde ese momento y aunque parezca una tontería, supe que estaba en otra época, ya que hace muchos años que no se percibe un olor así en un edificio de trabajo. Le eché valor y me moví hacia delante con cierta tímida valentía.

Dispuesta a descubrir qué me deparaba este viaje al pasado, observé que me encontraba en una especie de oficina, muy grande, separada por tabiques modulares empapelados en color madera oscura. Al fondo podía observar un ventanal muy grande, con una cortina de láminas en color blanco. Me aproximé hasta el ventanal, abrí una de las láminas y mis deseos parecían haber sido averiguados por el hada madrina. ¡Estaba en Nueva York!

Lo que me pareció en un primer momento una idea fantástica, se desvaneció al pensar que me descubrirían y se asustarían, lo cual podría acabar muy mal; pero cuando me miré la ropa me encontré vestida con una falda de tubo roja, una camisa blanca abotonada al cuello y un peinado recogido. ¡Parecía una *pin-up* de los 60!

Al principio pensé que las personas que estaban allí se extrañarían al verme, pero todos me trataban como si ya me conocieran. Cuando me encontraba paseando anonadada por esa gran oficina escuché una conversación en una de las habitaciones, dos hombres parecían discutir sobre una idea y uno de ellos le dijo al otro: «Nunca escribas un anuncio que no quieras que tu familia lea, Mike.

No le contarías mentiras a tu mujer, así que no se las cuentas a la mía». Lo que me hizo pensar en la importancia que tiene en la publicidad que el mensaje que se transmita sea real, por lo que respecto a mis espárragos debería ponerme a investigar si son realmente tan beneficiosos para la nutrición de los jóvenes.

Seguí avanzando por los pasillos, llegué a una sala donde se encontraban diversas pantallas de televisión, en ella había un grupo de personas discutiendo sobre un anuncio que aparecía en un periódico, y uno de ellos dijo: «Un texto publicitario no es bueno si no resulta infinitamente superior en la técnica, los hechos, la emoción y el ritmo, respecto a lo que un buen periodista escribiría sobre el mismo tema, chicos». A lo que otro de los hombres que estaba allí respondió: «Roger tienes razón, la esencia del impacto es decir las cosas de la forma en que otros jamás la han dicho». Lo cual me hizo pensar en la necesidad de transmitir la idea sobre los espárragos de una forma tan emocionante y diferente que el público supiera diferenciarla al instante de cualquier otra marca de espárragos.

Seguí caminando embelesada por todas aquellas conversaciones que tenían lugar entre los fervientes publicistas de la época, volví a coger el ascensor hasta que vi a una persona que me llamó la atención. Era un chico que vestía camisa blanca, pajarita y unos tirantes amarillos. No paraba de escribir, tachar y lanzar papeles a la basura, parecía

como si estuviera ante una crisis creativa como la mía. En ese momento una chica se le acercó y le preguntó qué le ocurría. Él le dijo que tenía muchas ideas pero que no se le ocurría ninguna buena para el anuncio de sopa de tomate, a lo que ella respondió: «Ya sabes que la mejor forma de tener una buena idea es teniendo muchas ideas». Cosa que me esperanzó de alguna forma ya que para llegar a la idea de los espárragos yo estaba pensando en muchas ideas, aunque ninguna terminara de convencerme. Quizás ese era el camino hasta encontrarla.

Volví al ascensor para intentar seguir investigando y escuchando conversaciones inéditas en otras plantas del edificio. Me sentía muy emocionada ya que mi viaje al pasado se estaba convirtiendo en una auténtica *masterclass* inaudita. Entré en el ascensor y pasé de la planta seis a la planta nueve. Pero al salir del ascensor noté que estaba en una oficina totalmente diferente a la de la planta de abajo.

En esta nueva oficina había ordenadores blancos enormes, como los que se utilizaban cuando yo tenía siete años. Todo estaba lleno de fotos e imágenes de anuncios que había visto en mi infancia. La gente vestía con una ropa que me era familiar pero que todo el mundo ya había intentado olvidar. Había un calendario que ponía año 2000, y al mirar por la ventana no me podía creer lo que estaba viendo. ¡Esto es Barcelona!

Vale, muy bien, entendía por qué la UCA Madrina me había llevado al Nueva York de los años

60 ya que era el deseo que tenía en mente, y hasta ahí todo «normal» pero ¿Barcelona? ¿Qué hacía yo en una oficina en pleno año 2000 en Barcelona? Empecé a preocuparme imaginando que había entrado en una espiral espacio-tiempo de la que no iba a poder salir. Fue cuando me acerqué a una de las salas que había por esa oficina, y siguiendo con mi papel de «maruja» en el tiempo, volví a escuchar una conversación que se estaba produciendo.

—Toni, estamos pensando pero no damos con la idea del anuncio para BMW. ¿Has pensado algo ya? —preguntó una chica a un hombre con melena y gafas.

—Tengo claro cuál va a ser el concepto y las imágenes que van a aparecer en el *spot*, pero todavía no tengo el eslogan. Le estoy dando muchas vueltas.

Estaba a punto de marcharme de allí cuando el hombre con gafas de pasta me llamó y me preguntó quién era. En ese momento me quedé petrificada porque realmente ni yo sabía dónde estaba, así que realmente no tenía ni idea de qué contestarle.

—¿Eres nueva en la oficina? —preguntó él.

—Sí, bueno, podríamos decir que sí soy nueva.

—Pues ya que estás aquí, ¿me dejas que te haga una pregunta?

—Claro.

—¿Qué es lo que crees que quiere una persona cuando va a comprarse un coche BMW?

Me pareció una pregunta lógica por parte de un publicista, ese tipo de pregunta me la estaba

haciendo yo misma esta mañana acerca de los espárragos.

—Pues supongo que en un principio todo dependerá de si le gusta conducir ¿no? —le respondí intentando salvar la situación de alguna forma.

Él se quedó pensativo, esbozó una leve sonrisa, miró a la chica que estaba con él y le dijo: «¡Tenemos el anuncio para BMW!»

Me quedé pensativa por unos segundos y no tardé en percatarme al fin de dónde me encontraba. Estaba en la agencia SCPF dónde el Director Creativo Toni Segarra escribió uno de los anuncios más míticos de la publicidad en España. Y lo más impactante no sólo era eso, sino que yo con mi accidental intromisión en el pasado había contribuido sin saberlo a crear uno de los mejores eslóganes de los últimos tiempos. ¡No me lo podía creer!

Volví hacia el ascensor con tremenda emoción por averiguar qué más me depararía esta improvisada aventura temporal, así que pulsé el botón de la planta dos. Sin embargo, esta nueva planta me resultó ser más familiar de lo que pensaba. Volvía a estar en la biblioteca de la universidad.

Mientras regresaba al mismo sitio donde dejé todas mis cosas antes de hacer este Erasmus en el tiempo, pensé en qué podría haber inspirado todos estos sucesos y en la idea que necesitaba para el trabajo. Quizás no había conseguido inspirar la idea final pero sí me había dado algunas claves para poder llegar hasta ella, y además yo había sido parte

de la inspiración de uno de los eslóganes que más admiraba en todo lo que llevaba estudiando publicidad. ¡Quién iba a pensarlo! ¿Qué más podía pedir?

En definitiva, hoy no ha sido un día cualquiera en la biblioteca, pero eso es porque en una biblioteca ningún día es igual que el anterior, siempre hay algo nuevo por descubrir, algo nuevo por encontrar, un mundo de imaginación a tu alcance. Quizás no siempre encontremos la respuesta en los libros, sin embargo éstos pueden hacer que nos planteemos preguntas que pueden llegar a ser incluso más interesantes que las propias respuestas.



## Tinta después de vivir

Miguel Parra Calderón

Imagínate un blanco tan cegador como una página sin escribir. No te preocupes, así es como empieza todo, cuando comprendes que una palabra puede desencadenar un vasto universo de infinitas posibilidades.

Al fin y al cabo, alguien tuvo que escribir la primera palabra donde no había nada, ¿no es cierto? Así, querido lector, es como desaparece el color blanco: con unas gotas de tinta que se articulan en palabras.

Después del color, es mi turno de aparecer.

Te preguntarás quien está al control de esta narración. No insistas. Al cabo de un par de páginas, no podrás olvidarlo. Luego me volveré más alucinante y será entonces cuando desees visitarme.

Te adelantará algo, aunque sea difícil de creer conservo parte de mis modales.

No soy nada sin mis libros. Sin las personas que vagabundean entre mis pasillos. Conozco cada libro, cada palabra, cada acento. Quizás sepas quien soy. Pero no me conoces si no has leído mis libros.

Cada año veo pasar ante mí nuevas personas, y otras que ya no vuelven y han dejado grabadas sus huellas en mis tomos. Los conozco por los libros que escogen, por las piruetas que realizan para buscar en mis entrañas y las horas que pasan frente a innumerables cantidades de folios que no me pertenecen.

Entre mis pasillos han tenido lugar miles de acontecimientos. Pero existe una historia que me concierne especialmente.

Creo conveniente realizar un inciso. Si algo me distingue de todos los inventos de la humanidad, es que soy eterna, inagotable. Y sí, tengo vida propia.

Me encargo de guiaros hacia el lugar exacto de vuestros sueños. ¿No habéis notado alguna vez como un libro sobresale más que otros? Aunque en muchas ocasiones, sois demasiado idiotas como para coger ese libro. Por lo que me encargo de empujarlo y hacerlo caer frente a vuestras narices. Bueno, es todo gracias a mí. Pero hay veces que mi función no es conducirlos hacia ese tomo. Consiste en unir dos personas. Porque a veces una simple página puede escribir una vida.

Esta es la historia de dos jóvenes, un libro y una biblioteca.

Había visto mucho antes a la mujer. No parecía distinta a todos esos estudiantes que buscan entre mis paredes un refugio para estudiar. Es verdad lo que dicen. Nunca juzgues un libro por su portada. El trabajo del ilustrador puede ser deplorable.

Se llamaba Layla y gracias al chico, pude conocerla. En cuanto a él, la primera vez que lo vi supe que sobresalía del resto. Podía ver su imaginación a través de las ventanas de sus ojos.

Un dato: si os fijáis bien todos los lectores tienen las pupilas dilatadas, tan negras como la tinta de mis palabras.

Poco después supe que se llamaba Hugo.

Me dijo su nombre y yo cometí un error. El más elemental de todos los errores que una biblioteca puede cometer. Me dejé mostrar. Recuerdo con claridad que aquel día sentí los engranajes de su imaginación corriendo, cómo se desprendía de sus pensamientos a través de un bolígrafo y por primera vez, entraba en contacto conmigo.

A lo largo de los años, no he acuñado un término para la unión de un humano conmigo. Llámalo como quieras. Olvida bibliófilo o bibliofilia, parecen decir que soy una simple afición. Me gusta llamarlo «Verdad». Aunque a veces, uso la palabra «Amor» o «Amistad».

Esta es una de las historias que guardo entre mis páginas y que me gusta contar como una leyenda.

Sí, la respuesta es correcta: una biblioteca también escribe historias.

Si te apetece, puedes acercarte y escuchar. Pero debo advertirte algo: una vez inmerso en estas palabras, no volverás a verme con los mismos ojos. Buscarás la magia y el amor en mis rincones; buscarás cualquier excusa para acechar la ficción. Y nunca encontrarás lo que viniste a buscar.

Quizá porque siempre he estado frente a ti.

\* \* \*

No soy humano.

Aunque debo mi vida a todas esas personas que han articulado mi existencia con sus imaginaciones.

Me paso gran parte del día en distintos lugares: en el interior de un libro, en los ángulos de las estanterías viendo tu caminar, sintiendo el roce de tu dedo sobre un tomo, perdido entre tus silencios; resguardado en tus pupilas que recorren el sendero de mis palabras, sobre, debajo, entre, cerca y lejos de ti. Siempre observando y guardando en mis bolsillos tus historias.

Después de tantos años de observación, he llegado a comprender que los humanos viven gracias

al amor y como muchos, Hugo y Layla lo buscaban en el lugar equivocado.

Todo comenzó años atrás.

Después de pasarme el verano, agazapada entre mis tomos, llegó el nuevo curso. Una oleada de estudiantes bronceados sacudió la soledad de los pasados meses y tomó la universidad. Entre todos ellos, entraban por primera vez los novatos, como suelen llamarlos por aquí.

Nuestros protagonistas pertenecían a esta inocente minoría de estudiantes.

Será mejor que os los presente.

El nombre de la joven era Layla y tenía veintinueve años. Desde que abandonó el instituto con catorce años, había trabajado como camarera cada noche de su vida. Fue su gran error. Una mañana, rescató los libros y comenzó a estudiar por su cuenta.

La descubrí sentada en las mesas de mi interior.

Probablemente pienses que no se trata de una buena presentación. Es cierto. Me da la impresión de que los humanos han olvidado la importancia de una presentación. Todos siguen las mismas pautas de comportamiento.

Como debes imaginar, puedo ser bastante mordaz y crítica. Pero no me catalogues de esa manera. Sólo me gusta fanfarronear un poco. Gracias, Góngora.

Por otra parte, tenemos al chico.

Se llamaba Hugo y soñaba con dar su primer beso. Padecía de la prisa del corazón joven y sus pulsaciones deseaban sintonizar con la arritmia del amor. Supongo que a la corta edad de diecisiete años carecer de amor puede significar inutilizar las facultades de tu corazón.

Puedo recordar muy bien su entrada, porque él y yo nos unimos.

Quizás sea la sensación más placentera que pueda vivir. Ese vínculo entre un nuevo lector y yo. Imagínate mi emoción. Una nueva mente para llenar de historias. Imagínate su emoción. Por fin una biblioteca tan hermosa, maravillosa... Sólo transcribo sus pensamientos. Nada más.

La primera vez que lo vi caminaba absorto entre mis entrañas, perdido en esa clase de imaginación nostálgica que me une a las personas. Es curioso que la mayoría de los humanos que me visitan por primera vez, se dedican a observar.

¿Por qué siempre se detienen a mirar?

Sí, ya lo sé, supongo que formará parte del instinto, como si temieran dar el primer paso y romper la fragilidad silenciosa del interior de los libros. Creo que los humanos se dedican a analizar las consecuencias de avanzar y toda esa celeridad de conexiones y pensamientos ocurre en un segundo. Me he tomado la licencia de medir ese tiempo.

Pero Hugo no se detuvo. Él sabía que la única consecuencia era la huella de su dedo en un libro cualquiera. Se había liberado tiempo atrás de cual-

quier clase de ataduras y como todos los hombres de la biblioteca, peregrinó entre los renglones de suelo que separaban la geometría transversal de las estanterías, dejando que sus yemas se iniciaran al contacto de los libros.

No me has conocido si nunca viajaste en busca de un libro. Si nunca merodeaste sabiendo que yo te esperaba para soñar.

Pude ver desde la primera ocasión, que tenía ante mí una historia sin escribir.

Muchas horas del día las pasaban sentados en las mesas, unas veces frente a frente, sentados codo con codo, y otras, a distancias que sólo la mirada podía guardar. Nunca levantaban la vista, como si se escondieran en esa falta de sincronización que une a dos extraños.

Pero yo sabía que el corazón de Hugo conocía su existencia. En alguna ocasión, pude pillarle describiendo sus contornos con la mirada, sintiendo cómo se aceleraba su corazón cuando ella conducía su mirada hacia él.

Sé de las locuras que se han llegado a cometer por amor. ¿Cómo puede un órgano tan pequeño apoderarse de todas las facultades de una persona? Carezco de corazón, como podéis suponer. Pero esto no me ha impedido querer a mis más preciadas posesiones. Comprendo ese tipo de anhelo.

Así que me encargué de unirlos.

Ahora, querido lector, es momento de pasar a la verdadera narración. Todo lo que se requiere

para iniciar una historia es una novela y tu dedo índice favorito. Y así, con un gesto sencillo, empiezan las historias.

Un libro abierto, ¿estás soñando? ¿En qué momento sientes que es verdad? Ahora mis sueños te pertenecen.

Hugo nunca pudo decir si lo que sucedió era parte de una de las muchas novelas que había leído. Lo único que sabía con certeza era que consiguió su primer beso.

Como suele suceder en mis historias, todo comenzó con un libro.

Lo empujé en el momento exacto en el que Layla y Hugo coincidieron en uno de los pasillos.

—Pensaría que esta biblioteca tiene vida propia —dijo la joven.

Hugo rio, nervioso.

—¿Estás buscando algún libro? —preguntó el chico.

—Sí, un manual de Derecho Privado Romano.

—Déjame ayudarte...

—Layla.

—Layla... Sé dónde está cada libro. Acompáñame.

La guio por los pasillos, arrastrándola a ese mundo que él conocía por las coordenadas de fantasía, hasta que llegaron al lugar exacto donde se encontraba el manual.

Sólo me ocupé de darle ese pequeño empujón.

—Es curioso que el libro que estás buscando siempre sobresale más que los demás, como si deseara que lo pusieras en libertad.

—Gracias...

—De nada, Layla.

—Aún no sé tu nombre —dijo ella, sonriendo.

—Discúlpame, ¡qué modales! Soy Hugo. Como Víctor Hugo.

—¿Perdón?

—Sólo Hugo.

—De acuerdo, Hugo.

Y así con un libro y una página en blanco, comencé a escribir su historia.

Cada mañana coincidían en cualquier lugar de la biblioteca. Sus pasos les guiaban hasta esa clase de azar recogido en la vasta geometría de mis estanterías. A veces Hugo, la conducía hacia rincones que nadie parecía haber recorrido durante años y que yo me ocupaba de proteger de la soledad. Hablaban de novelas, de las impresiones que les suscitaba la carrera que habían elegido y si era la decisión correcta, dialogaban sobre sueños en el silencio de los libros. Pero nunca hablaban de ellos mismos, de sus vidas fuera de esas paredes.

Una mañana Layla se atrevió a quebrantar esa duda:

—¿Cuál es tu historia, Hugo? Supongo que tendrás una historia apasionante, ¿verdad?

—Mira a tu alrededor. Estas son todas las historias que necesito. Esta es mi vida.

—Lo sé. Pero, supongo que alguna vez tendrás que salir y marcharte a casa, ¿no? No me digas que has dormido aquí.

—Lo he intentado —dijo Hugo, esbozando una triste sonrisa.

—Cuéntame, Hugo. Quiero recorrer los pasillos de tu vida.

—Es una historia de terror.

—Me encantan las historias de terror.

—Esta es una historia aterradora. Es la historia de un niño invisible: «Era un chico que se escondía entre las páginas de un libro para escapar de la realidad. Era un chico que había rescatado una flor mojada de la tumba de su madre y que había hecho florecer un jardín de rosas. Era un chico que cuidaba de un padre inválido. Era un chico sin amigos, invisible para todo el mundo, que sólo aparecía en la tierra cuando sangraba. Era un chico con sueños y con toneladas de amor sin descifrar en el corazón. Era un chico que un día comenzó a vivir cuando entró en una biblioteca y conoció a una chica».

—¿Es...?

Hugo asintió.

—Lo siento. Yo... No lo sabía.

Cuando se quiso dar cuenta, ambos tenían las manos entrelazadas, como un nudo de sentimientos.

—No importa. ¿Y tu historia, Layla?

—Es la historia de una chica visible. Pero con un corazón invisible: «Era una chica que nunca se escondía. Era una chica que un día tuvo que aban-

donar su casa para buscarse un trabajo. Era una chica cualquiera que se paseaba detrás de la barra sirviendo copas a desconocidos. Era una chica de corazón invisible que se enamoró de un hombre vacío. Era una chica que ahorró cada céntimo para dejar de recoger propinas. Era una chica que descubrió gracias a un chico que el corazón estaba hecho de tinta».

\* \* \*

Una mañana vi a Hugo rondar por mis pasillos más temprano de lo habitual. Se detuvo en un rincón donde no pudiera ser escuchado por los escasos estudiantes que disimulaban el sueño entre tazas de café y polvo de aspirina y empezó a hablar. No había nadie a su alrededor, nadie que pudiera oír sus palabras salvo yo.

Por un momento me asusté. ¿Había descubierto que yo existía realmente? Quiero decir, ¿en qué imaginación puede darse el fenómeno de creer que una biblioteca vive, que siente pulsaciones en cada página y respira a través de los espacios de las estanterías, que ayuda a las personas a escoger libros e incluso a actuar de celestina?

En mis manuales no se había escrito nada remotamente parecido a una conversación entre un chico y una biblioteca.

—Sé que puedes escucharme —susurró Hugo, acariciando los tomos—. Sé que estás ahí. Vamos,

haz algo. Empuja un libro. Muéstrame que estás oyéndome.

Silencio. No me moví. Me dediqué a mirar desde mis ángulos, abarcando sus movimientos y el reflejo de sus pensamientos en el rostro.

—Lo sabía. Siempre he estado imaginándome que existías, ¿comprendes? Quizás me haya vuelto loco y esté hablando conmigo mismo. Lo único que sé es que he recibido ayuda todo este tiempo. Sólo quiero darte las gracias por lo que has hecho por mí, aunque no existas.

Lo único que veía era la decepción en su mirada. Sí, eso es. Supongo que es más difícil identificar una emoción si no está escrita en palabras. Al menos para mí.

Por primera vez, me invadió una sensación de culpabilidad. Supe que no podía dejar marchar a Hugo de aquella manera. No así. Empujé un libro cualquiera que hizo eco en las estanterías.

Hugo se detuvo y echó la vista atrás, mirando el libro caído. No había nadie recorriendo las estanterías, nadie que pudiera haberlo tirado.

—Tonterías... Sólo se ha caído. No puede ser...

Estos humanos... Siempre les ha hecho falta un estímulo mayor. Tiré tres libros más.

—¡Lo sabía! —gritó Hugo.

Las pocas personas sisearon su entusiasmo.

—Sabía que existías —me susurró—. Siempre lo he sabido. Pero, ¿cómo lo haces para hablar?

Hice caer un libro en su pie. Es uno de esos libros de derecho que los estudiantes temen visitar.

—Eh, eso ha dolido, ¿por qué lo has hecho?

Deslicé un libro por las estanterías. Estaba dispuesto a tirarlo sobre su otro pie, pero pareció recapacitar.

—Espera. Lo entiendo. ¡Sí! Te comunicas a través de estos libros.

Entusiasmado, arrancó un trozo de papel de un cuaderno y comenzó a escribir.

—¿Y ahora?

Desplacé todos los libros de las estanterías, emergiendo sus lomos. Hugo liberó uno de los tomos, deslizó el papel entre las páginas y lo devolvió. Hice que los libros regresaran a sus posiciones originales, resguardados en el interior de los estantes.

En cuanto a mí, quizás había cometido un error. Existe un *Manual de la biblioteca viviente* que algún viejo bibliotecario dejó en mí. Fue una de mis primeras lecturas y sobre la que vuelvo muy a menudo para recordar mi cometido y mis obligaciones respecto a los seres humanos.

He aquí unos fragmentos de este libro:

Es inevitable que en la larga vida de una biblioteca viviente se entre en contacto con el ser humano.

Desde el origen de los tiempos, mucho antes de que se transcribieran las primeras narraciones, el hombre ha conocido lo sobrenatural. Ha divagado y expresado tales fenómenos en forma de historias.

Es esta una cuestión fundamental que toda biblioteca viviente debe conocer: somos criaturas nacidas de la fantasía de la imaginación del hombre.

La imaginación es salvaje.

El objetivo de este manual es dar a conocer una serie de principios que toda biblioteca viviente debe saber para que su existencia no albergue problemas. (...)

Cada biblioteca viviente nace en el lugar exacto donde un niño conoce por primera vez la fuerza del amor hacia un libro.

Existen numerosas bibliotecas vivientes a lo largo del mundo, distribuidas en todos aquellos lugares donde haya algún humano dispuesto a leer. (...)

Es cierto que debemos gran parte de nuestra vida al ser humano: la arquitectura, la geometría de cada estantería, y sobre todo, nuestro tesoro, los libros. Nacimos de la magia escondida del hombre y ahora vivimos escondidos con nuestra magia. (...)

No obstante, cada biblioteca viviente debe saber que el hombre, sea de la naturaleza que sea, puede suponer un riesgo a nuestra existencia. La historia ha demostrado que el hombre puede convertirse en una fuerza destructora. (...)

Reglas fundamentales de una biblioteca viviente:

1. No hablar con humanos.
2. No interactuar con humanos.
3. No realizar acciones que impliquen mostrar la existencia al humano.
4. Servir de conocimiento y de fuente de fantasía.  
(...)

La primera regla de una biblioteca es no hablar con humanos. Bueno, supongo que no mantuve una conversación propiamente debida con Hugo. Sólo le escribí de vuelta. Aunque pudo ser una persona cual-

quiera, como razonó Layla. ¿Quién pensaría que la biblioteca contestaría un mensaje o que, simplemente, pudiera escribir una sola letra? Es absurdo, ¿verdad?

A la mañana siguiente, Hugo recogía mi respuesta.

—¿Qué quiere decir? —susurró.

Me acerqué a él y pude ver el mensaje. ¡Seré idiota!

Ahora mismo estás leyendo un relato mecanografiado por el bibliotecario.

Estoy segura de que hasta el momento no has tenido ninguna dificultad para leerlo, ¿verdad? Él encontró este manuscrito una mañana a finales de invierno.

Al principio, no pudo entender nada.

He aquí la razón por la que ni Hugo ni el bibliotecario fueron capaces de leer mis líneas.

Es algo lógico.

Si aún no lo has averiguado, quiero que pares de leer en este momento.

Sí, has oído bien.

Aunque tengas deseos de seguir leyendo, es mejor que te detengas.

Marca esta página y cierra el libro.

Vístete, arréglate tienes que estar presentable para la ocasión.

Es hora de que descubras algo de mí.

¿Has llegado ya?

Bien, ya puedo verte.

Acércate, es hora de que tú y yo nos unamos.

Coge un libro cualquiera.

Sí, ese mismo.

Puedo sentir tus dedos sobre el lomo.

Ahora ábrelo, he dejado un mensaje para ti.

HHHHHHHHHHHH

¿Has entendido el mensaje?

Creo que no.

La razón es sencilla:

no tengo manos para escribir.

Ni siquiera tengo cuerpo.

Ese mensaje que ves ahí es fruto de las corrientes de aire

que deslizan la tinta de mis palabras.

Así que, en cuanto a Hugo y al bibliotecario, tuve que dirigirme a ellos de otra manera.

Usé mis libros.

—No entiendo —dijo Hugo.

Claro que no lo entendía. Las corrientes de aire generan palabras al azar. Pero existía una forma de dirigirme a él. El *Manual de las bibliotecas vivientes* había prohibido esta manera de manifestación y su cumplimiento podía derivar en una sanción, es decir, una multa de libros. Escogí el más cercano y lo recorrí de principio a fin. Luego lo lancé y gracias a la corriente de aire que creó, tracé una flecha en el papel de Hugo.

El chico recogió el libro, y comenzó a hojearlo. Había palabras subrayadas y eran las mismas:

Puedo verte, Hugo.

\* \* \*

Había pasado una semana desde nuestra primera conversación y desde entonces, Hugo y yo manteníamos una correspondencia casi diaria.

Una mañana, días después, lo encontré junto a Layla, vagabundeando entre las estanterías. Me acerqué a ellos.

—Es este libro —señaló Hugo—. Me escribió un mensaje.

—Te comunicas con una biblioteca, ¿hablas también con la pared?

—No es broma, Layla.

—De acuerdo. Enséñamelo.

¿Cómo no se me ocurrió pensar que acabaría contándoselo? No podía permitir que nadie más supiera de mi existencia. Cuando Hugo abrió el libro, descubrió que no había ninguna palabra subrayada, nada que pudiera considerarse un mensaje.

—Estaba aquí. Te lo prometo —dijo Hugo, deslizándose las páginas.

Se lanzó a buscar otros libros, pero todos con el mismo resultado.

—Parece que la biblioteca los ha borrado —dijo irónica Layla.

No volví a manifestarme a Hugo. Cada noche antes de marcharse dejaba un mensaje encerrado en mis hojas y regresaba al día siguiente, más temprano que ningún ser viviente, en busca de las improbables palabras de una biblioteca. A veces insertaba sus mensajes en libros inaccesibles que sólo él y yo conocíamos. Pero nunca recibía una respuesta, ninguna letra, ningún símbolo que pudiera construir una suerte de contestación.

Los libros que ahora buscaba se estrangulaban entre dos tomos, donde nadie esperaba encontrar nada. A veces me hablaba donde nadie podía oírle, esperando descifrar en el movimiento de mis gale-rías un mensaje.

Pero Hugo nunca desesperó. Sabía que aquel ente lo observaba desde las letrinas, lo sentía a su lado cada vez que caminaba por los pasillos y lo percibía en el furor de cada página, irremplazable, omnipresente.

Así, la universidad continuó. Los días derivaron en meses con la misma rapidez que una página lleva a la siguiente.

Desgranaban los últimos días del curso, lo que significaba que era la época de exámenes. Mi interior había alcanzado la máxima capacidad y los estudiantes se apelotonaban en las mesas ante excepcionales masas de folios.

Todos me habían olvidado. ¿En qué momento me transformé en un lugar de estudio? ¿Dónde estaban mis lectores y el contacto de sus imaginaciones con la mía?

Aquella mañana fue la última vez que vi a Hugo.

Nunca supe nada acerca de su trayectoria académica. Esa historia le corresponde contarla al Archivo Estudiantil, aunque no será tan espectacular como la mía. Unos números nunca me han dicho nada.

Tampoco pude conocer su destino. A lo largo de estos años, me he acercado a cada periódico, buscando su nombre o cualquier dato que pudiera servirme de información. Supongo que la vida de una persona como Hugo sólo tiene cabida en el interior de un libro.

Aún recuerdo que le brindé la más grande de las despedidas posibles.

Eran las ocho de una mañana de junio cuando llegó a mí.

Layla y él se encontraron en uno de mis pasillos. Ella tenía los ojos llorosos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hugo.

Layla se estremeció y se echó a llorar. Hugo la cogió antes de que sus rodillas se doblaran y la atrajo hacia sí, enterrándola entre sus brazos. Trató de consolarla, pero sus palabras eran torpes e inexpertas. Deslizó sus dedos por el cabello de la joven, hasta llegar al cuello donde se detuvo, aterrado. Unas marcas rodeaban la piel de su cuello. Recordó aquel día que había visto las heridas en su brazo.

—¿Quién te ha hecho esto, Layla?

La joven se separó de sus brazos. Hasta entonces Hugo no se había percatado de que ella vestía una camisa de manga larga, a pesar del sofocante calor de los primeros días de verano.

—Layla, no puedes seguir escondiendo la verdad.

—No puedes hacer nada, Hugo.

—Fue tu marido, ¿verdad? ¿Por qué sigues protegiéndole?

—No preguntes por qué.

Esta vez fue ella quien se echó en sus brazos.

Lo que más me impactó fue el silencio de sus lágrimas, como si hubiesen sido escritas.

—No me abandones, Hugo. Sólo quiero estar contigo.

—Suena bien para mí —dijo Hugo.

La chica rio.

—Hugo y Layla.

—Layla y Hugo.

—No quiero regresar a casa. Ojalá... este momento existiera para siempre —dijo Layla.

—Creo que hay algo que puedo hacer al respecto. ¿Recuerdas cuando te dije que esta biblioteca tenía vida propia y pensaste que me había vuelto loco? Aún podemos comprobar si estoy realmente cuerdo.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada. Sólo voy a abrazarte por el resto del día hasta que esta biblioteca despierte y nos lea el mejor final posible.

—Estás loco, Hugo —dijo ella, sonriendo.

—Es el momento de quedarnos a solas, ¿no crees?

Hasta ese instante, había obviado mis pensamientos, simplemente me había dedicado a escuchar. Siempre me dediqué a interpretar el papel del espectador, hasta que conocí a Hugo. Ahora me

estaba llamando. Decidí olvidar cualquier clase de regla, cualquier acuerdo entre bibliotecas vivientes de mantenerse al margen de los humanos. Era mi turno de actuar. Era mi turno de formar parte de la historia.

La alarma de incendios comenzó a resonar en el interior del edificio.

Te preguntarás cómo hice saltar la alarma. Sólo te diré que me has visto lanzar libros durante toda la historia y tengo mejor puntería de la que crees.

—No te muevas —dijo Hugo—. Es la biblioteca, nos está ayudando.

—¿Cómo sabes qué es ella?

Un libro salió lanzando.

—Espero que sea una broma, Hugo.

—Estos magníficos humanos, ¿eh, biblioteca?

Otro libro cayó a su lado. Ambos esbozaron amplias sonrisas. Mientras tanto, los estudiantes se fueron marchando, hasta que sólo quedaron ellos en el interior de la biblioteca.

Era hora...

—... del final —continuó Hugo.

Las estanterías comenzaron a estremecerse. Layla enterró su rostro en los brazos de Hugo.

—Es la biblioteca —dijo el chico—. Vive sólo para nosotros.

Layla levantó la mirada, tímidamente. Aún tenía los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Sólo quiere escribir nuestro final.

Los libros fueron catapultados de los túneles de las estanterías como balas de cañón, trazando una perfecta sincronía de libros en el aire. Se vieron envueltos por una lluvia de libros. Los azarosos volúmenes se desprendieron de lenguas secretas que encerraban sueños incorruptibles. Layla y Hugo danzaron en el interior de mundos fantásticos, atravesaron rincones sólo vívidos para la imaginación y sintieron cómo sus corazones se mojaban bajo paraguas de tinta.

Los libros ocupaban cada ángulo de la biblioteca.

¿Sabes? Durante un breve instante, hicieron lo que suelen hacer los humanos: mirar. Se dedicaron a observar cada detalle sin separarse el uno del otro, como dos bailarines paralizados. Analizaron cada consecuencia. Pero muy pronto Layla desafió sus pensamientos y el último trazo de sus movimientos se dibujó en los labios de Hugo.

Fue la última vez que los vi, abrazados entre montañas de libros.

Cuando empezó a llegar la gente, ya no seguían allí, como si se hubieran desvanecido en mis hojas.

Siempre quise decirles a los protagonistas que su historia sería recordada por mucho tiempo. Supongo que lo único que hace falta es un lector para vivir eternamente.

Quise preguntarle a Hugo cómo descubrió mi existencia.

Sin embargo, decidí callar y le hablé para confiarle mi gran secreto: la raza humana.

Una última advertencia: No trates de hablarme fuera de la novela. Te toparías con que estás loco.





*Este libro se terminó de imprimir el 28  
de julio de 2017, día en el que nació,  
hace cien años, Gloria Fuertes, poeta  
sencilla, defensora de la igualdad  
entre hombres y mujeres,  
del pacifismo, del medio  
ambiente, y que con su  
escritura generosamente  
abrazó a la infancia  
y a la juventud.*





Este libro es el resultado del Certamen Literario de Narrativa Breve de la Biblioteca de la UCA. Las obras premiadas se recopilan en un volumen publicado por la Editorial UCA, forman parte de la colección «Libro de Bienvenida», y cada curso académico se obsequia al alumnado de nuevo ingreso con un ejemplar del volumen premiado. Tanto el Certamen Literario como su consiguiente Libro de Bienvenida pretenden promocionar la creación literaria entre los estudiantes universitarios, asentar un espacio de expresión y creatividad dentro de la propia Universidad de Cádiz, promover el hábito de la lectura y, muy especialmente, personalizar la relación con el libro y la biblioteca que, a partir de su entrada en la universidad, habrá de guiar a los estudiantes en su vida académica.

Editorial  UCA

Colabora:

CONSEJO  
SOCIAL 

  
cel mar  
campus de excelencia internacional del mar

